

La Ilustración Artística

AÑO XIX

BARCELONA 29 DE ENERO DE 1900

Núm. 944

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BELLEZA Y ARTE, cuadro de Francisco Masiera

(Salón Robira, Fernando VII, 59)



Texto.—*La vida contemporánea. Música y cuentos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Eduardo Burne Jones*, por X. — *La lucha*, por Delfín Fernández y González. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *El obstáculo*, novela ilustrada (continuación). — *Estatua ecuestre del general Hereaux*. — *El origen de la pila de Volta*, por G. Pellissier. — *Via de ferrocarril para dos usos*, por A. da Cunha. — Libros recibidos.

Grabados. — *Belleza y arte*, cuadro de Francisco Masriera. — El pintor inglés *Eduardo Burne Jones*. — *El árbol de la Vida*. — *La Esperanza*. — *El Amor disfrazado de Razón*. — *La Fe*. — *El molino*. — *La Riqueza y la Beneficencia*. — *Cúpula de mosaico del templo americano de Roma*, obras de Burne Jones. — *Retrato de miss S. W.*, pintado por Greiffenhagen. — *Guerra anglo boer. Interior del fuerte de Johannesburgo*. — *En los alrededores del campamento de Frere*, grupo de tres grabados. — *Paso del cuerpo de voluntarios recientemente organizado en Londres por el puente de Westminster*. — *Entierro del general Wauchope*. — *Las primeras penas*, cuadro de la Srta. Ludovica Thornam. — *Flores de manzano*, cuadro de Conrado Kiessel. — *D. Manuel Aranda y Sanjuán*, redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — El compositor austriaco *Carlos Millocker*. — *Bernardo Quaritch*, anticuario y librero londinense. — *Estatua ecuestre del general Hereaux*, obra de Pedro Carbonell. — Figs. 1 á 3. *Via de ferrocarril para dos usos*. — *Al aire libre*, cuadro de Antonio Utrillo.

LA VIDA CONTEMPORANEA

MÚSICA Y CUENTOS

Uno de los fenómenos que tendrían más difícil explicación, caso de tener alguna, es el de la esterilidad de la ópera española. ¿Hay acaso condiciones de clima bajo las cuales la ópera se produce, como las hay favorables á la madurez de los plátanos, de los melones y de los alberchigos? ¿Hay países, en este terreno, privilegiados? Y si los hay, ¿en qué se conocen y qué circunstancias influyen para lograr el privilegio? Imposible decirlo. — Alemania é Italia, no sólo no se parecen, sino que contrastan en todo; en raza, en clima, en creencias, en civilización. Sin embargo, Alemania é Italia crían la ópera.

* *

Ya Francia no la cría sino laboriosamente, como fruto de estufa, como algo más debido al artificio y á la sabia composición y cultivo intensivo que á fuerzas propias del suelo. Y en llegando á la parte de acá de los Pirineos, la ópera se agosta y languidece, hasta quedarse más seca que el esparto.

Ya sé que mi afirmación, como todas las afirmaciones de carácter general, puede desmentirse con citas y datos que encierran una verdad parcial y relativa. No por eso dejaré de ser exacta, en conjunto. Que á los esfuerzos realizados haya correspondido algún resultado; que se hayan escrito óperas, y entre ellas no falte algo que alabar y se note el loable empeño de asimilarse los métodos que tanta gloria han valido á los maestros alemanes de nuestro siglo, no desvirtúa lo aseverado antes. Podrá existir una ópera ó dos ó seis que sean dignas de aprecio y de loor, y no existirá, realmente, ópera española, con vitalidad artística suficiente y caracteres propios.

* *

La misma lengua castellana diríase que se opone á que llegue á obtenerse tal resultado. Tenemos el derecho de proclamarlo los que hace muchos años nos servimos de este idioma al cual se aplican á bulto calificativos, unos más fundados que otros: — el español es duro para el verso y para el canto: sólo es amplio, sonoro y lleno en el período de la prosa. — Alguna razón de ser reconocerá el fenómeno, por pocos observado, de la relativa inferioridad de nuestra poesía lírica en los llamados siglos de oro de la literatura. Para libretos de ópera, el castellano se des-
pega. Hay dialectos ó lenguas regionales en la península que vencen en semejante respecto al castellano. El gallego (no lo tomen á risa los que creen que sólo hablan gallego los aguadores de sainete) es más eufónico para el canto, mucho más. He comprobado que media hora de recitar versos castellanos fatiga la garganta y enronquece la voz doblemente que una hora de recitar versos gallegos ó italianos. Lo ligado y dulce de la pronunciación es auxiliar del ritmo y acaricia el oído.

El año pasado se cantó en el Real *La Walkyria* en español, y recuerdo que, á pesar de la sublimidad de la partitura, el público sentía ganas de reír cuando alguna frase, por ejemplo aquella de «Prepara el hidromiel,» se destacaba sobre la música y resonaba

secamente. Este año, al estrenarse la *Raquel*, de Bretón, ha sucedido lo propio. Parece que versos enteros promovieron la hilaridad del público — y yo creo que esta hilaridad no se explica por la calidad literaria ó iliteraria más bien del libreto (malo de remate, según fama), sino sólo por la extrañeza que origina la lengua española en libretos de ópera, y por lo inadecuado de la misma lengua para la dulzura y lo fundente musical. La risa y la chacota nacen de la mortificación del oído.

Se me objetará con las zarzuelas. Las zarzuelas, es cierto, se han cantado en español siempre, y no han provocado á risa. Quizás sea porque las zarzuelas no tienen las pretensiones de la ópera, ni se exhiben en el Real, ni se asiste á ellas con frac y gardenia á la *boutonnière*. No se ha estudiado bastante el influjo de la gardenia en el ojal para predisponer á la severidad y á la ironía. Lo cierto es que las zarzuelas han merecido mejor trato que las óperas. Yo, que no entiendo de música, que estimo siempre el esfuerzo y el trabajo artístico, porque sé cuánto cuesta, cuán arduo es, me guardaría de calificar severamente ni á la recién estrenada *Raquel* ni á ninguna de las óperas españolas que han aparecido con varia fortuna en el teatro Real; me limito, pues, á decir que, habitualmente, los espectadores salen rabiando de los estremos á que aludó. Ciento que también salían furiosos de la *Walkyria* y del *Barco fantasma* y de *Lohengrin* la primera vez; cierto que han ido habituándose á algunas obras españolas, por ejemplo *Los amantes de Teruel* y *Garín*, oídas ambas ya con tolerancia y aun con gusto y complacencia y admiración. Sin embargo, este despego, este movimiento de prevención, mucho indican. No entra en la gente la ópera nacional.

* *

Es un error palmario de los maestros españoles conceder tan escasa importancia al libreto. El libreto ejerce influencia capital; é influencia no menos decisiva, la habilidad en reducir, proporcionar y equilibrar la cantidad de música. Se queja todo el mundo de lo extenso; nadie lamenta que las cosas sean breves. Y nótese que caen en el error de la prolijidad los más expertos y sabios músicos, poetas, oradores y novelistas. No vale la experiencia para enseñarles á precaverse. Wagner es prolijo, quién lo duda; pueden los demás escudarse con su mal ejemplo; sólo que ni aquí abunda la paciencia alemana para escuchar y sentir, ni ha de negarse al genio verdaderamente excepcional de Wagner algún privilegio excepcional igualmente.

De todo lo que voy diciendo se desprende que la *Raquel* de Bretón — no la he oído todavía — no agradó; no fué bien acogida, ni correspondió á las esperanzas que en ella habían depositado los muchos admiradores que posee el maestro. No es razón para desanimarse, ni para que se digan pestes — las dicen muchos — de la música española. Aunque estas latitudes no sean favorables al florecimiento de la música, una nación debe intentarlo todo. Dicen los inteligentes que hay tesoros en los archivos de nuestras catedrales; sabemos los aficionados á las costumbres populares que en las regiones de España existen deliciosos temas y canciones fresquísimas y de marcado sabor. Estos elementos, y la graciosa música derivada de ellos, y que retoza en las zarzuelas y se mete por los oídos y no nos deja vivir á fuerza de insinuarse y de pegarse, constituyen, es innegable, un contingente que España haría mal en despreñar. La ópera es forma la más exquisita; pero hay otras muchas formas musicales interesantes, gémenes acaso de un desarrollo que traerá el porvenir, modificando quizás el genio de nuestra raza.

* *

A la música ligera y alegre sería pedantesco tratarla con desdén. Su facilidad está llena de encanto. En esto descollamos los españoles. En toda Europa y por supuesto en las dos Américas se ejecutan y tararean nuestros pasos dobles, tangos, danzas, jotas y coros humorísticos. Me refirió una viajera que en el primer café cantante de Nueva York donde puso el pie, la recibió el terceto de los ratas de la *Gran Via*. Este terceto parecía algo local, algo propio sólo del ambiente madrileño, y no obstante era artículo de exportación, género internacional. Puesto que hemos logrado dominar este género, atengámonos á él. Escriban óperas enhorabuena, pero confiemos en las zarzuelillas y en su picaresca sandunga.

* *

Y los que escriban óperas, que escarmienten; que mediten bien el libreto. A veces, como decían nues-

tros padres, más cuesta el salmorejo que el conejo. Es lástima que el elemento musical se elabore con primor, con estudio y detenimiento, y el literario aparezca relegado, no á segunda, á décimotercera fila. Hablo, en lo que se refiere á *Raquel*, de memoria; pero es tan unánime la opinión de la prensa y de los que asistieron al estreno, en lo que se refiere á la inferioridad del libreto, que debe de valer muy poco. Y la leyenda se prestaba; había allí, ó podía haber, calor de romanticismo, fuerza de pasión, color de Edad Media, muchas cosas favorables á la inspiración musical. Que fuese ó no fuese conseja, fábula y hasta calumnia lo de los amoríos del rey con la hebrea, importaría un bledo; el poeta tiene derecho á aprovechar mentiras poéticas, que acaso — ¿quién podría afirmar lo contrario? — se fundan en alguna verdad transmitida por la tradición é ignorada por la historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada.

* *

El Liberal ha abierto un concurso de cuentos, y publicado los lemas, creo que seiscientos sesenta y siete, nada menos, de los presentados á este concurso. Si cada cuento es de un cuentista, floreciente en cantidad anda la literatura cuentera en nuestra patria. Cerca de setecientos cuentistas, no creo que los tenga Francia, país donde el cuento se ha cultivado, desde la reina Margot y Voltaire y Diderot acá, con brillantez y con fortuna. Lo que sospecho es que muchos habrán enviado su docena de cuentos, por sí no acierta uno que acierte otro.

Es entretenida y sugiere observaciones curiosas la lectura de los lemas. Los encuentro cortos y expresivos, y otros que parecen más adecuados á una *Memoria* presentada á la *Academia de ciencias políticas y morales*. Verbigra: «El vicio y la miseria son el fin de los países mal gobernados.» — «La honradez será premiada.» — «Son infinitos Dios, el tiempo y el espacio.» — «El hábito constituye en el hombre una segunda naturaleza.» — «En el modo de ver está el gran secreto del arte.» — «El placer y el dolor corren parejas por el mundo.» — «El estrecho de Behring fué un día el puente ó el istmo.» — «La misión del hombre en el mundo es amar y proteger á la mujer.» — «Hay una cosa que deben evitar siempre los hombres.» — «Caridad es el amor á Dios, reflejado sobre los hombres.» — «Matad la necesidad y quebrantaréis el vicio.» Etcétera, etcétera.

Vienen después los lemas latinos, que abundan como la hierba, y son aquellos de candonga y muletila archiconocidos, de sonido tan familiar ya como el de un *Dominus vobiscum*. Por ejemplo: «*Deus est charitas*.» — «*Nihil novum sub sole*.» — «*Suum cuique tribuere*.» — «*Spero lucem post tenebras*.» — «*Remember*.» — «*Labor prima virtus*.» — «*Corriget videndo mores*.» — «*Nosce te ipsum*.» En fin, el latín de andar por casa, confanzudo y sobado y vencido por el uso y el abuso de varias generaciones.

Los hay asimismo inspirados en un sentimiento patriótico y de actualidad, que se reflejará probablemente en el texto del cuento, como se ha reflejado en el lema. Véanse algunas muestras: «¡Viva España!» — «Patria.» — «*Pro patria*.» — «Por mi Dios y por mi patria.» — «Morir por la patria no es morir.» — «*Dulce et decorum est pro patria mori*.» — «Castilla.» — «Patria (otra vez).» — «Victoria por los boers.» — «Ejército español.» — «¡Loor eterno á España!»

Algunos encierran un consejo literario, un conato de programa estético. Véase la clase: «El arte de la literatura es la cristalización de la vida.» — «El naturalismo es la literatura del siglo xx.» — «Realidad, altura, concisión.» — «Todo cuento, ó debe ser gracioso, ó tener moraleja.» — «El cuento debe ser en la prosa lo que el soneto es en la poesía.» — «Todo por el arte.» — «Quien hace un cuento hace ciento.» — «Un cuento debe ser una novela en pequeño.» — «El cuento es la forma literaria del porvenir.» — «El cuento puede ser espejo de las costumbres.» — «Para cuentecitos estamos.» — «El cuento es lo primero que se inventó.»

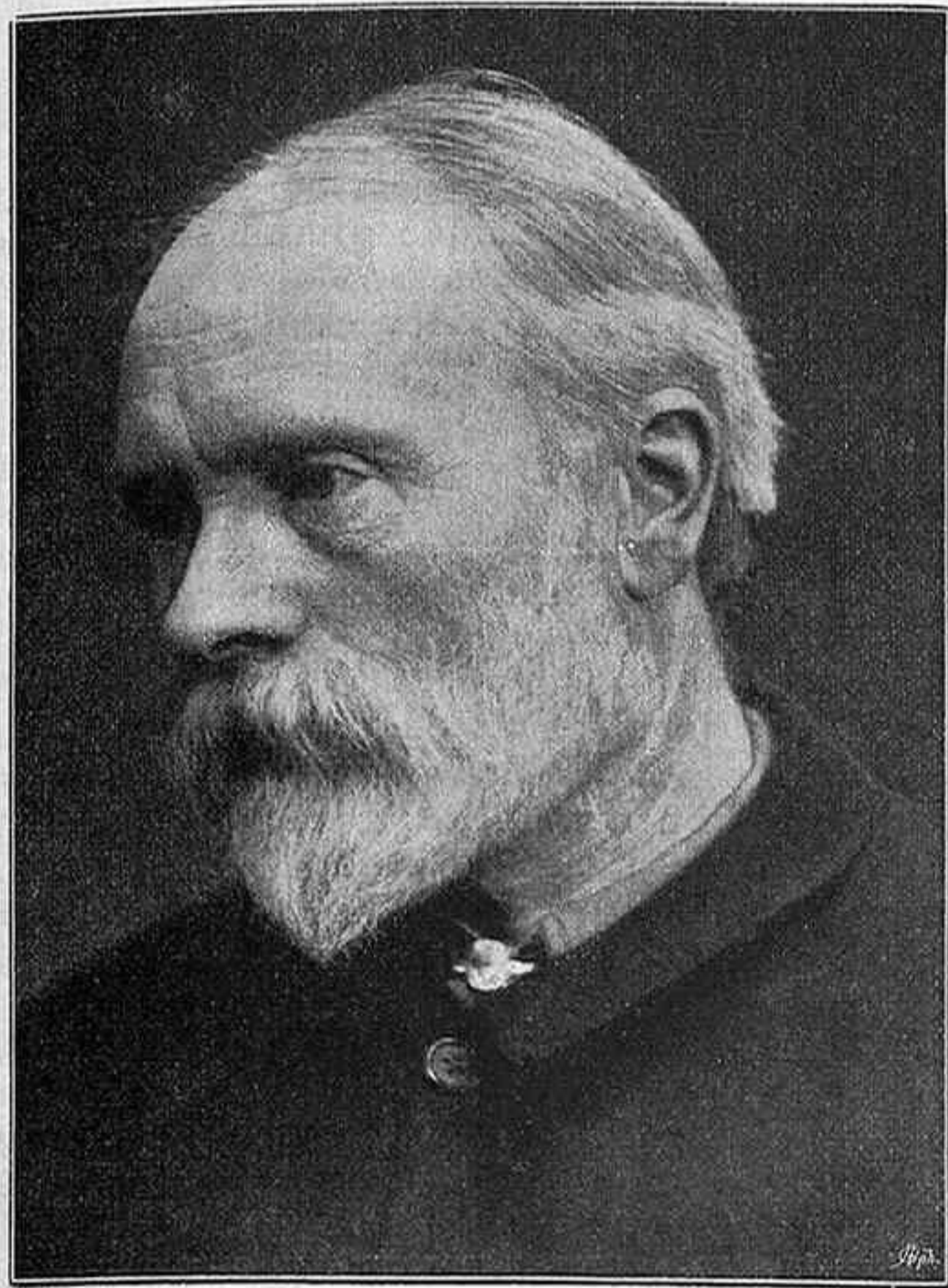
Y por remate de esta especie de disección de los lemas, en los cuales encuentro materia para reflexiones que omito, he de decir que algunos lemas descubren cierta sencillez idílica y cierta naturalidad y hombría de bien incontestables. Ahí van dos ó tres: «¡Qué mal café dan en los de Madrid!» — «Quinientas pesetas (el accésit).» — «La virtud siempre halla recompensa.» — «Los cuentos son un recurso ameno para los periódicos diarios...»

¿Verdad que tales lemas sosiegan los nervios como la tila?

EMILIA PARDO BAZÁN

EDUARDO BURNE JONES

En 1852 entraron á un mismo tiempo en el colegio Exeter de Oxford dos jóvenes, Eduardo Burne Jones, nacido en 1833, y Guillermo Morris, que con-



El eminente pintor inglés EDUARDO BURNE JONES

taba medio año menos que él: unidos ambos por la misma afición, su pasión por la literatura, trabaron íntima amistad. ¡Quién hubiera podido decir entonces que aquellos dos literatos en ciernes habían de iniciar, andando los años, un movimiento artístico que tanto había de influir en el buen gusto, no sólo de Inglaterra, sino del mundo entero.

Burne Jones no parecía predestinado á ser pintor: el medio en que vivió en su juventud, la existencia de provincia, no era el elemento más á propósito para impulsarle á tal profesión; por otra parte, en su familia no había habido ningún artista, y la vista de

las grandes obras de arte no pudo herir jamás los ojos del adolescente que sólo se deleitaba en la lectura de los antiguos clásicos y en la contemplación de los escaparates de las librerías.

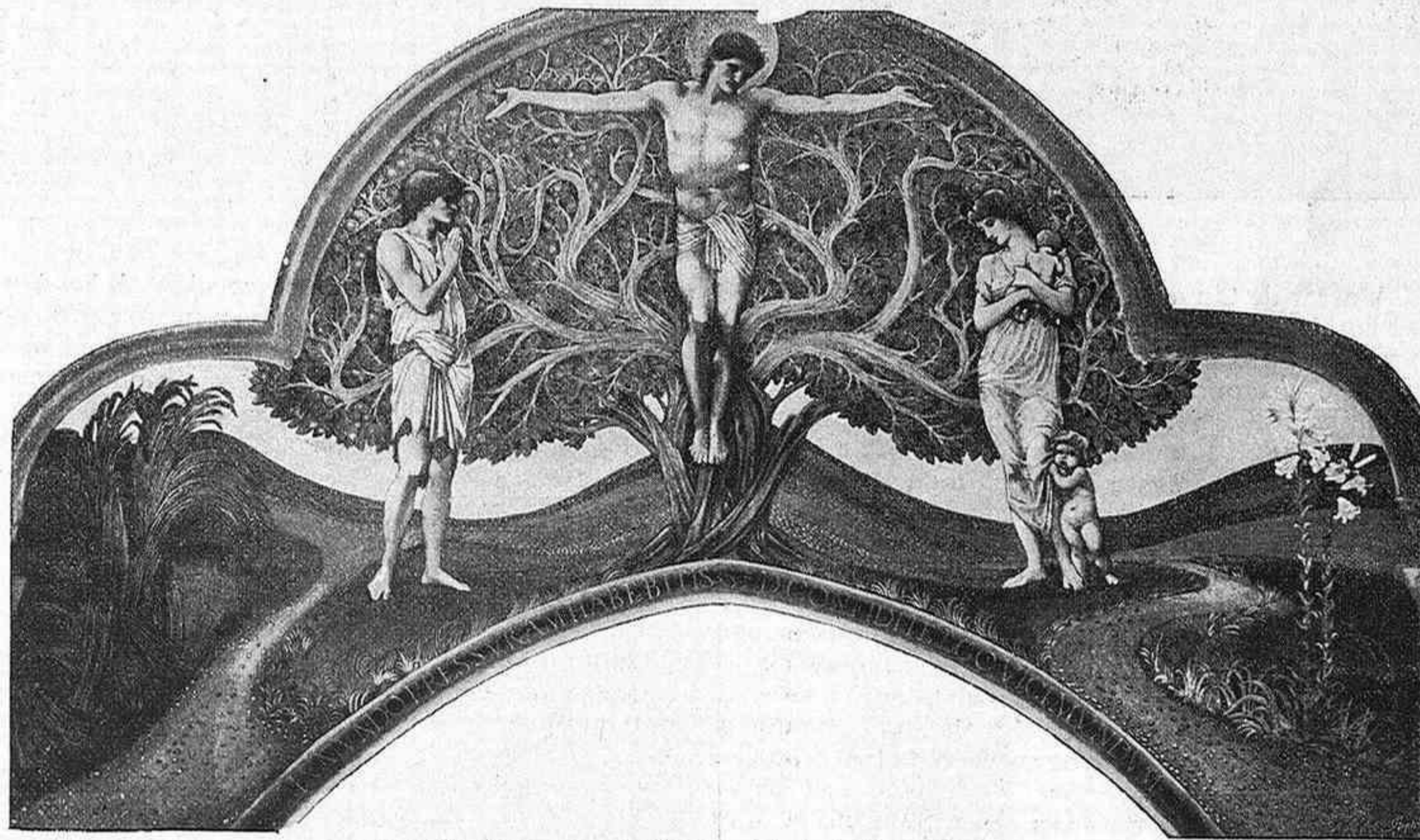
La primera vez que sintió deseos de ser artista fué con ocasión de haber caído en sus manos, estando en Oxford, un libro de poesías con un grabado de Dante Gabriel Rossetti; poco después vió otro dibujo de éste y repentinamente surgió en él el sentimiento del arte. En su amigo Morris verificábase al propio tiempo la misma evolución.

En 1855 trasladóse á Londres, y habiendo Rossetti visto algunos dibujos suyos, aconsejóle que abandonase la universidad y se dedicara á las bellas artes, ofreciéndose á ser su maestro. Rápidos fueron sus

rarse con ellos las más delicadas obras de Dürero.»

Burne Jones, que no tardó en poder prescindir de las lecciones de Rossetti, con quien le unió siempre amistad estrechísima y de quien recibió protección valiosa en los primeros años de su carrera, hizo varios viajes á Italia, visitando con predilección Florencia, Siena, Rávena y Venecia.

En 1877 inauguróse una exposición en la Galería Grosvenor, en la que figuraban algunas obras suyas inspiradas en las tendencias prerrafaelistas, y sucedió entonces lo que sucede siempre con los grandes innovadores, lo que por aquel mismo tiempo acontecía á Bocklin en Alemania: que el público se rió de aquellas pinturas, que la crítica rutinaria las censuró y que los periódicos satíricos las caricaturizaron. Sólo



EL ÁRBOL DE LA VIDA, pintura de Burne Jones

progresos, tan rápidos que en 1857 escribía su ilustre profesor á un amigo: «Los dibujos de Jones son admirables por su perfección técnica y por la poderosa imaginación que revelan; quizás sólo pueden compa-

un crítico salió á defenderle, el ilustre Ruskin, quien consignó «que la obra de Burne Jones era la única, entre todo cuanto á la sazón se producía en Inglaterra, que sería reconocida como clásica por la posteridad.»



LA ESPERANZA, cuadro de Burne Jones



EL AMOR DISFRAZADO DE RAZÓN, cuadro de B. Jones



LA FE, cuadro de Burne Jones



EL MOLINO, cuadro de Burne Jones

A pesar de tan autorizada opinión, reprodujéronse las burlas cuando al año siguiente expuso Burne Jones en la misma Galería citada otro número considerable de sus obras, entre las cuales figuraban *Las Estaciones*, *Laus Veneris* y *Pan y Psiqué*. Mientras esto ocurría en Londres, su cuadro *Merlín y Viviana* llamaba poderosamente la atención en París.

Burne Jones, sin embargo, consiguió abrirse paso y sus composiciones acabaron por imponerse, llegando á ser poco á poco el artista lo que fué después y sigue siendo todavía, el favorito de su pueblo, el autor cuyos lienzos figuran en los palacios de los magnates al lado de las obras de los más grandes maestros antiguos y se encuentran reproducidos por el grabado en toda casa inglesa, el pintor cuyos cuadros se han pagado á los más altos precios.

En la Exposición de París de 1889 ganó la gran medalla de oro con su obra *El rey Copeithua y la mendiga*, que se conceptúa como la obra capital de la escuela inglesa. La reina Victoria le nombró baronet, y al morir en 1898, colmado de distinciones, famoso y popular, Inglaterra comprendió que había perdido á una de sus más grandes y legítimas glorias.

En las obras de Burne Jones se advierte la influencia que en el artista ejercieron primero sus lecturas de los clásicos antiguos á que se dedicó en sus juveniles años; después el conocimiento de los poetas italianos adquirido en su trato con Rosetti, y finalmente su pasión por las poesías de su poeta predilecto Chaucer. La historia de Perseo, la leyenda de Pígalión, Circe, la fiesta del Peleus, etc., atestiguan su amor á la antigua literatura, y el ciclo de San Jorge marca la transición de la tradición cristiana á la poesía caballeresca, que ha sido la fuente más abundante de inspiración para el genial artista.

El número de sus cuadros en que el fondo desaparece, por decirlo así, ante la forma, es relativamente escaso: entre ellos podemos citar *Canto de amor*, *El espejo de Venus*, *La escala de oro*, *El molino* (que reproducimos) y muy pocos más. Todos los de este género son tan bellos, están tan delicadamente sentidos, aparecen tan armónicos de composición y de colorido, que forzosamente cautivan á cuantos los contemplan, así á los partidarios como á los contrarios de las tendencias artísticas por el pintor seguidas.

Burne Jones meditaba y maduraba sus composiciones antes de trasladarlas al lienzo, y en muchas de ellas pasaron años entre el boceto y la ejecución definitiva, y esta circunstancia y la de pintar á la vez varias obras explican el carácter uniforme que en todas ellas preside, el sello especial que las caracteriza á todas: el que ha visto una vez un cuadro, un simple estudio, de este pintor, reconocerá siempre sus obras sin el menor esfuerzo.

A pesar de los puntos de semejanza que sus lienzos tienen con los de Boticelli, Mantegna y otros pintores de la edad de oro del arte italiano, nadie podrá tacharle de imitador de éstos: más bien es de creer que sus sentimientos tuvieron sorprendente afinidad con los que animaron á los artistas de aquel período en Italia. Enemigo por temperamento de las tendencias modernas, del realismo, nunca pintó nada que viera con sus propios

ojos: aun en los pocos retratos que ejecutó, las figuras «impresionan como una visión poética,» según frase acertada de un crítico francés, y los mismos estudios del natural tienen una expresión que ha permitido á otro crítico alemán decir que Burne Jones, como Ovidio, convertía sin advertirlo siquiera en



LA RIQUEZA Y LA BENEFICENCIA, cuadro de Burne Jones

poesía la prosa. Esto explica por qué gustaron tan poco en un principio sus cuadros; el público no comprendía un género extraño para él, y no acertaba á identificarse con aquel mundo fantástico que le llevaba á los dominios de la fábula. Mas no tardó aquel mismo público en acostumbrarse á aquellas que en

estaría la niña perfectamente. ¡Con cuánta ansiedad esperó María la noche del baile! Parecía que no iba á llegar nunca. Y sin embargo, fueron pasando y pasando días, y llegó uno en que por la mañana, al despertar, dijo la niña: — ¡Por fin!

un principio calificó de extravagancias, y Burne Jones fué al fin reconocido como el primero y el más popular de los pintores ingleses, viéndose de este modo cumplida la profecía de Ruskin, que anteriormente hemos citado. — X.

LA LUCHA

Si hay ángeles en la tierra, María es un ángel. Un ángel que pasa todas las tardes por las Ramblas de Barcelona. Puede ser: los pájaros no siempre vuelan; á veces pliegan sus alas y corren por el suelo.

María es costurera. No creáis á su madre que dice que la niña es modista. Viste muy pobremente, y cuando llueve y recoge su falda de un color azul deslucido, deja ver unos zapatitos rojos, estropeados, con las suelas descosidas y los tacones gastados.

Pero ¿qué importa eso? Cuando pasa María por la Rambla de las Flores, parece que los claveles de los puestos exhalan aromas más penetrantes; y es que los labios de María son dos claveles más. Cuando la niña cruza la plaza de Cataluña, parece que brilla más radiante la luz del sol, porque son dos soles más los ojos de María.

Los hombres pasan junto á ella para llamarla hermosa. Ella se sonríe, vuelve graciosamente su cabeza para mirar al que la ha hablado, y sigue andando con paso menudito. Si alguien intenta acompañarla, párase ella, dirígele una mirada despreciativa, y sin que pueda adivinarse su intención, pasa por detrás del importuno á un extremo del camino, dejando en situación no muy airosa al tenorio.

Esa es María.

**

Había sido labor de todo un año, labor en que María no había desmayado un solo instante hasta conseguir su intento. ¡Qué terca la vieja! ¡Qué constante María! Pero la constancia había vencido. ¡Iban al baile, á un baile del Liceo!

El día que su madre había accedido por fin, sintió María la felicidad más grande de su vida, porque jamás había tenido deseo tan vehemente. Y eso que la vieja había hecho la concesión con limitaciones. No había que pensar en disfraz. Ir an nada más á ver el baile desde anfiteatro, y á dar una vuelta por el salón de descanso y por los pasillos; á ver el baile «por fuera» y el edificio «por dentro,» y para esto no hacía falta gastar tiempo y dinero en hacer un traje de aldeana, como María deseaba. Con su vestido de los días de fiesta, un vestido gris,



CÚPULA DE MOSAICO DEL TEMPLO AMERICANO DE ROMA, según modelo de Burne Jones

A medida que se acercaban al Liceo aquella noche, era mayor la emoción de María; y cuando llegaron, pasando por delante de cientos de curiosos que presenciaban desde la Rambla la entrada de las máscaras, y cuando confundidas con éstas cruzaban las puertas del teatro, el corazón de María palpitaba con una fuerza increíble, y su cara estaba encendida como si el calor todo de su cuerpo, que temblaba nerviosamente, se hubiera reconcentrado en sus mejillas.

¡Qué hermosa estaba María en aquellos momentos! Los hombres las miraban ansiosamente, mientras ella y su madre contemplaban asombradas cuanto las rodeaba. Luego madre é hija treparon por una escalera cogidas del brazo, como habían entrado, como si la vieja temiera que la robaran aquella joya, no más segura por eso.

* * *

¡Qué sueño más inoportuno! Otras noches, cuando María deseaba trabajar, apenas sentada al lado de su máquina, se le cerraban los ojos, se dormía. Y entonces, aquella madrugada, después del baile, cuanto más deseaba dormirse, más despierta estaba. ¡Qué desasosiego! Recordaba que alguna vez que había tomado café por la noche, había padecido un insomnio semejante. Le era imposible permanecer echada del mismo lado cinco minutos seguidos, y si intentaba cerrar los ojos, sentía en ellos una molestia grande que la obligaba a abrirlos nuevamente. Y debía ser muy tarde ya, porque empezaba á penetrar en la habitación la luz del nuevo día, una claridad pálida, como de luna. Y se desesperaba más la niña por momentos, porque no podía dominar su pensamiento, desbocado por un camino de atrocidades.

Al principio, cuando volvió del baile, la primera media hora después de acostarse la pasó deliciosamente, haciendo desfilir por su memoria sin excitación alguna los recuerdos de cuanto había visto en el Liceo. Pero luego aquella sensación suave que

esos recuerdos le producían, fuese transformando en un sentimiento más fuerte, que empezó á causarle miedo por los deseos que le inspiraba; deseos locos, ansias de divertirse, de gozar como aquellas enmascaradas que había visto en el baile; deseos que trataba de matar, porque pugnaban con su honradez, pero en vano, porque le ofrecían un encanto irresistible, se sentía sugestionada por ellos. Era bien raro aquello.

Habíase cumplido en el teatro estrictamente el programa que su madre hiciera. Habíanse sentado en delantera de anfiteatro en cuanto entraron, y sin moverse de allí habían presenciado la primera parte del baile. Luego, durante el descanso, habían salido á los pasillos, habían paseado por todas partes, habíanse asomado á las puertas de los cafés, repletos de máscaras y caballeros, habían bajado á la sala, donde no había entonces más que unas pocas personas sentadas en las sillas del rededor. Habíanse sentado, en fin, de dar vueltas, silenciosa María, habladora, como siempre, su madre, y después, al reanudarse el baile, habían vuelto á sentarse en sus butacas de anfiteatro, hasta que marcharon á casa.

María lo recordaba todo una y mil veces, desde el instante en que había entrado en el teatro temblando de emoción, hasta el momento en que su madre había dicho «vámonos.»

Primero, al entrar, al ver la sala, su asombro había sido indescriptible. Durante largo rato habíanle parecido infinitas y formadas por seres superiores las

parejas que veía pasar rápidamente, al compás de una música en cuyas notas hallaba la joven melodías jamás escuchadas por ella, dignas de aquel cielo radiante de luz y de alegría, que la variedad de colores, las risas y las voces aumentaban hasta lo inconcebible.

Luego ya había ido viéndolo todo tal como era, admirable, realmente, pero no maravilloso. Había podido detallar y fijarse en estos detalles. Los hombres eran hombres como los que se veían en la calle, unos viejos y otros jóvenes, algunos los mismos que tantas veces la habían llamado á ella hermosa; las

pero fatalmente se veía dominada por ellos y hacia ellos atraída. Sentía una especie de nostalgia invencible de aquella vida de orgía con que hasta entonces ni había soñado. ¡Qué lejos estaba ella de figurarse la noche antes, cuando subía del brazo de su madre por la escalera central del Liceo, todo lo que había de ver luego, y todo lo que había de hacerla sentir lo que viera! ¡Qué hermoso aquel sueño de inocencia en que se hallaba sumida al entrar al teatro, y qué despertar más peligroso el que luego tenía!

Y establecía comparaciones, y veía esos peligros y la horrorizaban; pero imposible, imposible! ¡Cuánta alegría en aquella sala del Liceo, en aquel torbellino que pasaba y volvía á pasar al compás de un rigodón, confundidos hombres y mujeres, resaltando el negro de los fracs de entre el blanco y el rojo y el azul de las mantillas, de los pañuelos de Manila y de los capuchones!.

Por fin María, ya muy entrada la mañana, sintióse dominada por el sueño, y poco á poco se fué serenando su espíritu, hasta que, con los brazos descubiertos y las manos debajo de la cabeza para aislarla del calor de la almohada, se quedó profundamente dormida.

* * *

María no podía explicarse lo ocurrido. ¿Cómo ella había accedido á separarse de su madre? ¿Cómo su madre la había dejado separarse? Y menos para ir á uno de aquellos palcos llenos de mujeres sin pudor y de hombres borrachos. Pero era indudable, allí estaba ella, María. Dos muchachas le decían que eran amigas suyas, que ellas habían ido á buscarla donde estaba. Pero ¿qué amistad era aquella, si las veía entonces por primera vez en su vida? Era para volverse loca. Y aquellos hombres, ¿quiénes eran? Unos hombres que la tuteaban, y la mandaban beber y le decían que era muy hermosa. Y ella bebía, y se sonreía escuchando las palabras de aquellos hom-

bres. Y se admiraba más y más de verse allí, y pensaba que no debiera estar en aquel sitio, pero le agradaba estar. Y poco á poco iba alegrándose, y empezaba á tratar á todos con la misma confianza con que la trataban, y hablaba á grandes voces, y cantaba como las demás mujeres que estaban con ella, y saludaba á las de los palcos inmediatos sin conocerlas, y bailaba allí, en el palco, con cualquiera de aquellos hombres... Pero ¿cómo podía ser todo aquello? ¿Y su madre? ¿Dónde estaba su madre?.

Pues aquella, aquella debía ser su madre, una vieja que decían que andaba abajo loca, desolada, buscando á su hija que se había perdido. Aquella, aquella era sin duda. ¿Pero cómo no iba á reunirse con ella? ¿Por qué no salía de aquel palco y bajaba donde su madre? Imposible. Conocía que debía hacerlo, sentía deseos de hacerlo, pero una fuerza invisible la retenía allí. Y seguía bailando y bebiendo, sintiendo un placer inmenso, profundo, á la vez que una remota compasión hacia la vieja...

Perfectamente. Con aquel capuchón que la ofrecían sus compañeras de palco podría bajar á la sala. Pero necesitaba además un antifaz, por si se encontraba con su madre...

Pero ella, María, ¿huía de su madre? Huía, huía. No comprendía cómo podía ser eso, pero huía. Primero á bailar, á bailar abajo, en la sala, con un hombre que la llevara rápidamente entre sus brazos, al compás de aquella música enloquecedora, como



RETRATO DE MISS S. W. PINTADO POR GREIFFENHAGET

mujeres, mujeres con más ó menos gusto disfrazadas; la sala tenía fin; las luces no eran infinitas... Pero ¡qué hermoso conjunto!

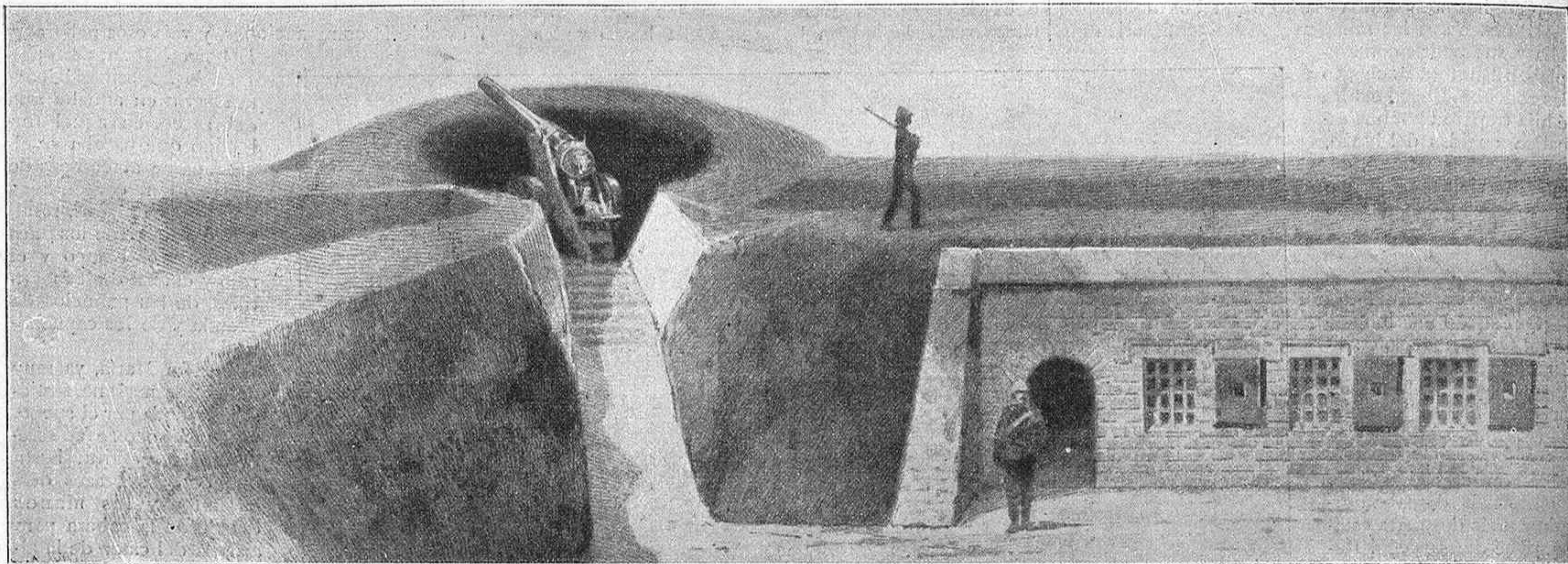
Sobre todo después. El pensamiento de María deteníase poco en el recuerdo de la primera parte del baile. En el de la segunda era en el que se mezclaba su imaginación con una tenacidad desesperante para la pobre niña. Recordaba, y se estremecía al recordarlos, aquellos palcos que había visto desde su butaca, atestados de hombres y mujeres, alegres, radiantes, en plena orgía; parecíale aún aspirar aquel olor que dominaba en todas partes, olor especial, excitante, mezcla de mil esencias y de sudor; creía ver aquella atmósfera cargada de un polvillo que flotaba alrededor de las luces, como una niebla muy tenue. Recordaba, en fin, aquellos cientos de parejas que llenaban la sala, sin antifaz ya las mujeres, sudorosas, encendidas, á ratos jadeantes, dejándose arrastrar en brazos de aquellos hombres locos, que marchaban arremolinados con rapidez creciente, tropezando unos contra otros, atropellándose, gritando, riendo á carcajadas... Aquello, aquello era lo que quitaba el sueño á María, el recuerdo de aquellas parejas que había visto pasar una y mil veces, estrechándose, juntas las caras, brillantes los ojos, secos y entreabiertos los labios. Sentíase seducida por aquel delirio, por aquella locura, por aquel vértigo de vicio. Y luchaba. Luchaba por desprenderse de aquellos deseos, por desechar aquellos pensamientos;

llevaban los demás á sus parejas. ¡Aquello, aquello era vivir, aquello era gozar!.. Luego buscaría á su madre...

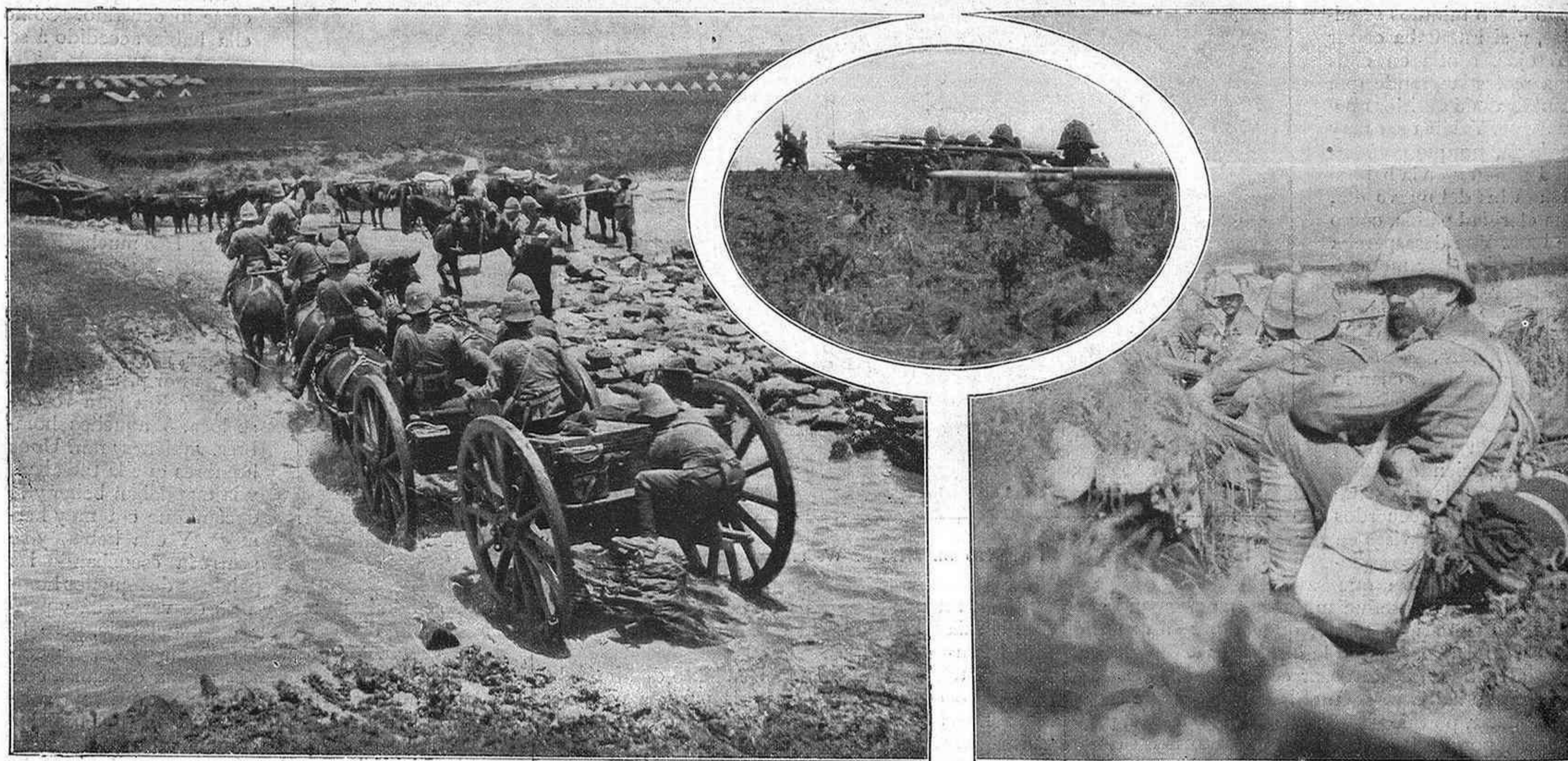
¿Pero á su madre la habían echado del teatro por loca, porque gritaba diciendo que le habían robado su hija? ¿Era eso verdad?.. ¡Y ella lo oía impasible, y aun se alegraba porque podría bailar sin antifaz - sin aquel antifaz que la asfixiaba, - puesto que ya su madre no estaba allí!

cierto algo de aquel sueño, de aquel sueño que la horrorizaba, pero gracias al cual acababa de desechar en un instante todos los deseos que el recuerdo del baile le inspirara horas antes. Pudo ese recuerdo, hermozado por su excitada fantasía de niña, hacerle sentir aquellos deseos mortales; pudo sugestionarla un momento; pero lo que despierta no viera, dominada por una excitación nerviosa que rayaba en locura, lo vió dormida; vió las consecuencias naturales,

obuses y la división del general Warren, que utilizó para ello un puente de barcas construído por los ingenieros militares, y prosiguieron con el avance de la brigada Dundonald, que después de un ligero combate ocupó algunas colinas. Los boers apenas opusieron resistencia á estos movimientos. El día 22 trabóse el primer combate serio que sostuvo el general Clery y que duró desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche: las pérdidas de los ingleses fueron de 290 heridos, entre ellos 11 oficiales, sin que hasta ahora se haya dado á conocer el número de muertos. La batalla continuó el día 21, en que el general Warren pudo avanzar cosa de dos millas, teniendo un



GUERRA ANGLÓ-BOER. - INTERIOR DEL FUERTE DE JOHANNESBURGO CON EL CAÑÓN DE 23 CENTÍMETROS DE TIRO RÁPIDO INSTALADO EN EL BALUARTE QUE DOMINA EL CAMINO DE PRETORIA. (Reproducción autorizada)



Artillería pasando un vado

Preparados para el ataque

Esperando á los boers

GUERRA ANGLÓ-BOER. - EN LOS ALREDEDORES DEL CAMPAMENTO DE FRERE (de fotografías de D. Barnett)

¡Pero qué hermoso era aquello! ¡Correr de un extremo á otro de la sala, y luego cogerse de las manos muchas parejas, formar un círculo inmenso, y dar vueltas vertiginosamente bajo aquellas mil luces que el mareo aumentaba por momentos, entre aquella atmósfera caliente, sobre aquel suelo que crujía produciendo un rumor de tempestad, al compás de aquella música que hacía sentir locas alegrías!..

¿Al palco otra vez? ¿Tan pronto?.. Bueno, pues al palco... ¡Pero qué oscura era aquella escalera por donde subían; no habían bajado por allí!..

«¡Socorro!», gritó María despertando sobresaltada é incorporándose en la cama.

Luego se vistió apresuradamente y salió de la habitación en busca de su madre. Aún temía que fuera

fatales, de entregarse á ellos; vió á su madre abandonada; vióse deshonrada, perdida ella; y al despertar, la lucha había terminado.

Y no penséis que vuelva María á otro baile de máscaras, que ha adivinado, á través de la alegría de aquel en que estuvo, un mundo de dolores y un mar de lágrimas para las niñas que van por las Ramblas haciendo creer que hay ángeles en la tierra...

DELFIN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

NUESTROS GRABADOS

Guerra anglo-boer.—Han comenzado en el Tugela las operaciones del ejército de Buller, cuyo objetivo es la liberación de Ladysmith. Iniciólas el día 16 el general Lyttleton atravesando el mencionado río y apoderándose de una serie de alturas; continuaron el 17 cruzando el Tugela una batería de

oficial y cinco soldados muertos, tres oficiales y 75 soldados heridos y ocho desaparecidos. El movimiento de avance ha prosiguído en los días sucesivos, habiéndose apoderado últimamente los ingleses de la importante posición de Spionskop. Los boers se defienden valerosamente, y es de suponer que las bajas de sus enemigos deben de haber sido muy numerosas. A pesar de estas innegables ventajas conseguidas por las fuerzas del general Buller, quédanles á éstas todavía grandes dificultades que vencer antes de lograr su propósito de entrar en Ladysmith, pues el campo de operaciones es sumamente escabroso, y los boers, que han tenido tiempo sobrado para fortificarse á su placer, no dejarán de aprovecharse de las ventajas que les ofrece la lucha en un terreno de tales condiciones.

De otros puntos del teatro de la guerra sábase únicamente que los generales Gatacre y Methuen continúan en situación difícil y que los boers prosiguen con gran vigor el bombardeo de Kimberley.

Inglaterra está movilizandó la 8.ª división, que se compondrá de dos brigadas de cuatro regimientos cada una y de tres hospitales con dos compañías de enfermeros. Y es probable que no sean estas las últimas tropas que haya de enviar al Africa



GUERRA ANGLO-BOER. - PASO DEL CUERPO DE VOLUNTARIOS RECIENTEMENTE ORGANIZADO EN LONDRES POR EL PUENTE DE WESTMINSTER Y POR DELANTE DEL PALACIO DEL PARLAMENTO, dibujo de Allan Stewart. (Reproducción autorizada)



GUERRA ANGLO-BOER. - ENTIERRO DEL GENERAL WAUCHOPE, JEFE DE LA BRIGADA DE HIGHLANDERS MUERTO EN LA BATALLA DE MAGERSFONTEIN, dibujo de R. Catón Woodwille. (Reproducción autorizada)



LAS PRIMERAS PENAS, cuadro de la Srta. Ludovica Thornam



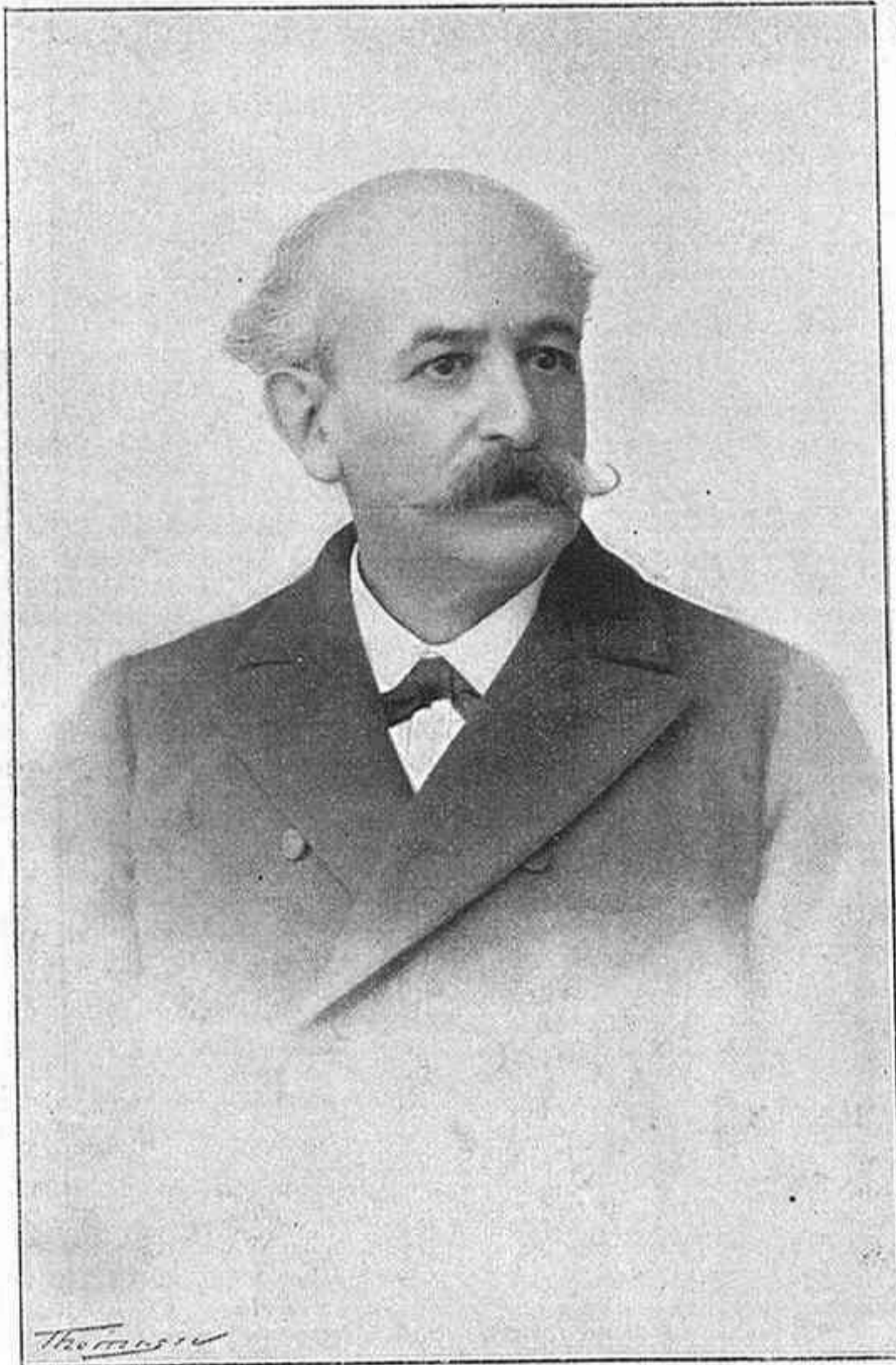
FLORES DE MANZANO, cuadro de Conrado Kiesel

del Sur, puesto que el general Roberts tiene pedidos considerables refuerzos. Según noticias autorizadas, la guerra les cuesta actualmente á los ingleses once millones de francos diarios.

En Londres se ha constituido un comité presidido por Mr. Courtner, miembro de la Cámara de los Comunes, del que forman parte el ilustre Herbert Spencer y otras personalidades importantes y que se propone trabajar para que se ponga cuanto antes fin al actual conflicto: con este objeto publicará informaciones exactas acerca de la verdadera situación del Africa del Sur é insistirá acerca de la importancia de una conciliación entre las razas inglesa y holandesa.

Inglaterra ha cedido al fin en la cuestión de la captura del buque alemán *Bundesrath*, devolviendo éste, prometiendo pagar la debida indemnización y obligándose á evitar en lo sucesivo semejantes causas de conflicto.

D. Manuel Aranda y Sanjuán. —Escribimos estas líneas bajo la impresión de la honda pena que ha dejado en nosotros la muerte del que durante tantos años fué nuestro querido compañero; así es que no vamos á trazar la biografía del que fué redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, sino simplemente á dedicar un recuerdo al amigo del alma, recuerdo que difícilmente podrá expresar todo el cariño que por él sentimos cuantos con su amistad nos honrábamos. Dotado de una ilustración poco común, escritor castizo, trabajador infatigable y modesto como pocos, fué Aranda un obrero de la inteligencia modelo, que compartía su tiempo entre las labores literarias y su cargo en el cuerpo de Telégrafos, en el que había alcanzado la categoría de Director de segunda, conquistándose en todos los puestos las simpatías de sus jefes y el más afectuoso respeto de sus subordinados. De pocos hombres puede decirse con tanta razón como de él que tenía un corazón de oro: afable con todos, bondadoso en extremo, llevaba su bondad hasta el punto de no concebir la maldad en nadie, y tenía verdaderos tesoros de ternura para su familia, á la que idolatraba, y para sus amigos, á los cuales se entregaba en cuerpo y alma y para quienes no le dolía ningún sacrificio. La muerte de su esposa, acaecida hace dos años, fué para él un golpe terrible y la de una de sus hijas, ocurrida hace algunos meses, acabó de quebrantar aquella naturaleza que todo pudo resistirle menos las heridas por tales desgracias á su corazón causadas. Los que á diario le veíamos, presentimos desde entonces



D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN, redactor de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fallecido en Barcelona el día 19 de enero de 1900.

que no tardaría en reunirse con aquellos seres queridos, y por desgracia la realidad ha venido á confirmar nuestros presentimientos.

Cerca de treinta años hacía que Aranda entró en la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y desde la fundación de ésta formó parte de su redacción, aportando al periódico y á muchas de las obras por la casa publicadas el caudal de sus conocimientos no comunes y una actividad y laboriosidad á prueba de los mayores esfuerzos.

Aranda ha muerto á los cincuenta y nueve años de edad: había nacido en Sevilla, pero desde muy joven residía en Barcelona. Su vida ha sido una vida consagrada al trabajo; su muerte, la muerte del justo que sólo deja detrás de sí lágrimas de afecto, recuerdos de bondades inagotables.

La casa MONTANER Y SIMÓN y la redacción de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que guardarán de Aranda imperecedera memoria, así como de todo corazón al dolor que embarga á la familia del amigo inolvidable y dedican á éste, con las presentes líneas, un modesto, pero sentido testimonio del cariño que le profesaron.

Belleza y arte, cuadro de Francisco Masriera (Salón Robira, Fernando VII, 59). —Esta nueva obra es digna compañera de las que han reportado al artista catalán merecidos aplausos y constituye un nuevo timbre de su valía, ya que en su ejecutoria artística se halla plenamente acreditado su especial conocimiento de la técnica y exquisito gusto. En el cuadro á que nos referimos, como en todos los que produce, obsérvense pormenores estudiados con recomendable prolijidad

y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista y á su maestría en la ejecución.

Carlos Millocker.—El celebrado compositor recientemente fallecido en Baden, villa situada en las cercanías de la capital de Austria, había nacido en Viena en 29 de mayo de



El celebrado compositor austriaco **CARLOS MILLOCKER**, recientemente fallecido

1842 y se había educado en el Conservatorio de aquella ciudad. A los veintidós años dirigió la orquesta de un teatro de Gratz y estrenó dos operetas en un acto, y dos años después pasó al teatro de la Armonía, de Viena, en donde estrenó otra obra en un acto con éxito lisonjero. Al año siguiente se encargó de la dirección de la orquesta del teatro Alemán de Praga y puso en escena su primera obra en tres actos *Isla de mujeres*, que obtuvo gran aplauso. Desde allí pasó á Viena, y al frente de uno de los principales teatros de aquella capital pudo desarrollar ampliamente sus talentos de director y compositor, escribiendo durante los catorce años en que ocupó aquel puesto un sinnúmero de operetas y setenta partituras para bailes y pantomimas, que fueron otros tantos grandes éxitos. En los últimos tiempos de su vida estuvo muy enfermo, lo cual no le impidió seguir componiendo. Como Juan Strauss, gozó de mucha popularidad, no sólo en Viena, sino en todo el mundo, y sus inspiradas melodías han hecho las delicias de los más diversos públicos. Sus principales obras son: *Una aventura en Viena*, *La música del diablo*, *La condesa Dubarry*, *La doncella de Belleville*, *El estudiante mendicante*, *El cura castrense*, *El vicealmirante*, *Los siete suabios*, *El pobre Jonathán* y *El beso de prueba*, y además una opereta póstuma, *La estrella del Norte*.

Retrato de miss S. W., pintado por Mauricio Greiffenhagen.—Hablando de esta obra que figuró en una importante exposición celebrada el año último en Londres, escribía un célebre crítico inglés en la notabilísima revista *The Studio*: «El retrato de Miss S. W., pintado por Mauricio Greiffenhagen, es indudablemente uno de los mejores que en la exposición figuran.» Con decir esto y con añadir que al mencionado certamen acudieron los pintores de distintas naciones, cuyas firmas se consideran como indiscutibles, queda hecha la mejor alabanza del lienzo que reproducimos. Y á poco que se mire éste, se comprenderá que el elogio del referido crítico no es exagerado.

Las primeras penas, cuadro de la Srta. Ludovica Thornam.—Es afirmación corriente la de que la infancia constituye la edad verdaderamente dichosa. No pretendemos oponernos en absoluto á los que tal afirman; pero sí hemos de decir, parodiando los versos de una conocida zarzuela, que «también la gente menuda tiene su corazoncito;» y como en este mundo todo es relativo, aunque las penas de los niños son pequeñas, comparadas con las que han de sufrir cuando sean hombres ó mujeres, debe tenerse en cuenta también que su resistencia para soportarlas es sumamente débil y por ende que han de sentir las con mayor intensidad que las sentirían las personas mayores. Sugiérenos estas reflexiones el bellísimo cuadro de la pintora danesa Ludovica Thornam, que reproducimos y cuyas excelencias técnicas no es preciso señalar porque á la vista saltan: ¿no es verdad que la figura de esa pobre niña á quien su madre enseña el alfabeto, inspira verdadera compasión? ¿no es verdad que la expresión de aquel rostro monísimo infunde tristeza? ¿no es verdad que aquellos ojos de mirar melancólico por donde no tardarán en asomar las lágrimas á poco que se prolongue aquella situación embarazosa, reflejan una pena hondísima? Pues si todo esto es cierto, convengamos en que los disgustos de la niñez no son para los niños cosa tan insignificante como generalmente se supone, y en que muchas veces oscurecen el cielo de la infancia nubecillas, ligeras para nosotros, pero que para los pequeñuelos adquieren las proporciones de nubarrones densos.

Flores de manzano, cuadro de Conrado Kiesel.—El autor de este cuadro es considerado como uno de los primeros pintores alemanes: sus obras, sólidamente compuestas, tienen, aparte de esta solidez, una gracia y una elegancia que seducen; las figuras que su pincel traza son encantadoras y los accesorios de que las rodea contribuyen poderosamente por su armónica disposición á aumentar el efecto que aquellas causan. Todas estas cualidades se observan en *Flores de manzano*, composición acabada bajo todos conceptos, así desde el punto de vista del pensamiento delicado que la informa, como por la perfecta ejecución de la hermosa muchacha y de las delicadas flores que sirven de adorno á su busto espléndido.

Al aire libre, cuadro de Antonio Utrillo (Salón Robira, Fernando VII, 59). —Tan laborioso como discreto, ha podido Antonio Utrillo, robustecidas sus aptitudes por ambas cualidades, realizar señalados progresos, rehuyendo siempre emplear efectismos ni dejarse arrastrar por la exageración. De ahí que desde que hace algunos años exhibió su primer cuadro *Lujo y miseria*, sentida composición en la que el artista reveló su temperamento, cada una de sus obras revela un progreso, señala un sensible adelanto. Varias veces, no cuantas deseáramos, nos ha cabido la satisfacción de reproducir en esta Revista alguna de sus producciones, y aunque de diverso género la

que hoy damos á conocer á nuestros lectores, hemos de consignar que es digna del buen nombre del artista, que se ha preocupado, al ejecutarla, de vencer dificultades de tonalidad que justifican el buen concepto que merece.

Bernardo Quaritch.—El «Napoleón de los anticuarios,» como se llamaba á Bernardo Quaritch, había nacido en Morbis (Prusia): muerto su padre, oficial del ejército prusiano, que falleció sin dejar á su familia bienes de fortuna, Bernardo pasó una juventud llena de privaciones, y después de haber hecho su aprendizaje de librero en Nordhausen, fué á Berlín primero y luego, en 1842, á Londres. A pesar de sus grandes conocimientos en librería, no pudo conseguir allí una posición segura, por lo que quiso en 1845 probar fortuna en París; pero tampoco le favoreció la suerte en Francia, regresando dos años después á la capital de Inglaterra, en donde al fin sus talentos fueron debidamente apreciados por Bohn, el más importante librero y editor inglés de aquel entonces. Algún tiempo después, Quaritch abrió en un callejón de Londres una librería de antigüedades, y su especial habilidad para descubrir libros y manuscritos valiosos despertó desde luego la admiración de los bibliófilos de todos los países. Espíritu atrevido y emprendedor, fué el primero que se aventuró á pagar 15 000 pesetas por un libro, una Biblia de Mazarino, del cual se ha vendido recientemente un ejemplar por 105.000 pesetas. Doce años después de haberse establecido por su cuenta, abrió en Picadilly la famosa librería que ha sido desde entonces el lugar de peregrinación de los más ricos aficionados á joyas bibliográficas. Para dar idea de la importancia de sus negocios, bastará decir que entre sus compras figuran las de la biblioteca Didot de París y de la biblioteca Blenheim, por las cuales pagó 310 500 pesetas y tres millones de reales respectivamente. El libro más caro que adquirió fué el Salterio impreso por Fust,



BERNARDO QUARITCH, anticuario y librero londinense recientemente fallecido

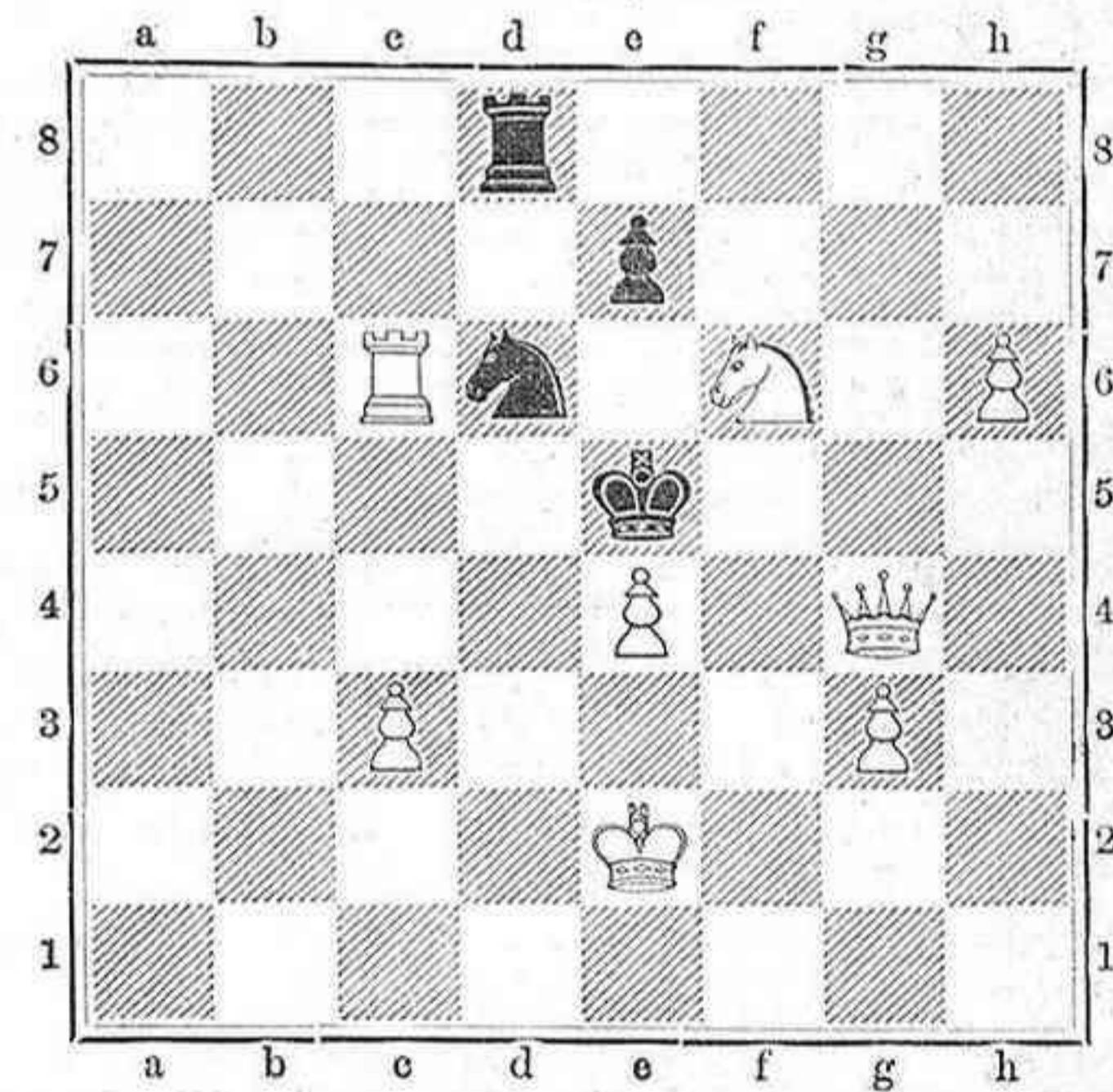
por el cual satisfizo 122.500 pesetas. Más que el afán del lucro movióle su pasión de bibliófilo, y así pudo decir en su último gran catálogo, que comprende ocho tomos: «He puesto mi capital á muy mal rédito.»

Sustitúyense unas imitaciones á la verdadera **CREMA SIMÓN**; prevenimos de ello á nuestras lectoras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 181, POR J. DRINA

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 180, POR J. TOLOSA

Blancas.

1. C7AD
2. D6R
3. C6D mate.

Negras.

1. A5AD jaque (*)
2. A toma D jaque ú otra.

(*) Si 1. R4A; 2. C6TD jaque, y 3. D6A mate; — 1. A toma A; 2. D6R, y 3. D6C mate; — 1. A toma C; 2. D toma A, y 3. D mate. La amenaza es 2. C6R mate.

NOTA. — Inauguramos hoy una nueva serie de problemas que comprenderá las mejores obras compuestas por los autores extranjeros que más se han distinguido en esta rama del ajedrez. Para indicar las soluciones usaremos en lo sucesivo la notación adoptada en Alemania y otras naciones, por su mayor sencillez respecto á la que hemos empleado hasta ahora.

EL OBSTÁCULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así fué que la camarera tuvo una gran satisfacción cuando al ir aquella mañana al mercado se arregló de modo que encontró por el camino á Mad. Le Clercq, la cual volvía de misa, acompañada de la viuda. La anciana señora, muy sorprendida y sin sospechar lo que pasaba, la detuvo con una seña. Estela se acercó, y Mad. Le Clercq, considerándola como si fuera criada suya, le dijo:

— ¿Adónde va usted?

— Al mercado, señora.

— ¿A qué? ¿Qué significan esas provisiones de frutas y verduras?

— Los señores se proponen almorzar hoy en su cuarto.

El tono de la criada era muy correcto, pero era imposible no notar su satisfacción interior y la mirada escudriñadora que fijó en la anciana señora. Comprendía sin duda que aquel era el primer síntoma de rebelión y aguardaba el grito de protesta de la autoridad desconocida. Madame Le Clercq hizo un esfuerzo, logró reprimirse y se alejó con su amiga sin decir una palabra. La viuda dejó transcurrir unos minutos y luego dijo con acento resignado:

— Estoy á usted sumamente agradecida por su hospitalidad; pero creo que ya ha durado bastante, y sería indiscreta permaneciendo más tiempo en su casa.

Mad. Le Clercq fijó en ella una mirada de enojo.

— ¿Y qué la hace á usted suponer eso?

— Señora..., la actitud de los hijos de usted. No soy santa de la devoción de Mad. Roberto, lo cual es muy natural. Es joven, le gusta la alegría, y yo soy para ella un aguafiestas. Mis crespones de luto, mi pena, mi triste situación le amargan la vida.

Con solapada intención, haciendo caso omiso de Roberto, aludía la viuda únicamente á María Magdalena.

— Esa determinación de almorzar en su cuarto me parece consecuencia de la conversación que tuvimos ayer, de esos ofrecimientos demasiado amablemente obstinados de miss Hartley, tan calurosamente apoyados por Mad. Roberto. No cabe duda de que esa inglesa debe querer mucho á su amiga, porque aboga por sus intereses con gran empeño.

— ¿Cree usted que es miss Hartley?

— No me permito creerlo; lo presumo. Ayer estaban de acuerdo para hacerme salir de aquí; hoy todavía lo están.

Era inútil excitar á Mad. Le Clercq á la cólera; jamás había experimentado semejante sentimiento de amargura. Aquel acto de independencia, unido á los rozamientos que ocurrían hacia algún tiempo, á la hostilidad que había observado contra Mad. Charmón, á la mala voluntad de María Magdalena, á su intervención la víspera y sobre todo á la audacia de haber reído, cantado, tocado el piano y el violín y valsado toda la velada; tomaba aspecto de rebelión. ¡Cómo! Aquella mujer de apariencia risueña y dulce, ¿llegaría á arrastrar á Roberto á hacer semejantes declaraciones de guerra? ¿Y ahora su hijo se apartaba de ella? ¿Iban á olvidar los ingratos todo cuanto había hecho por ellos? ¿Su fortuna, su casa, sus criados, sus carruajes, todo aquel lujo de que disfrutaban y que era el suyo?..

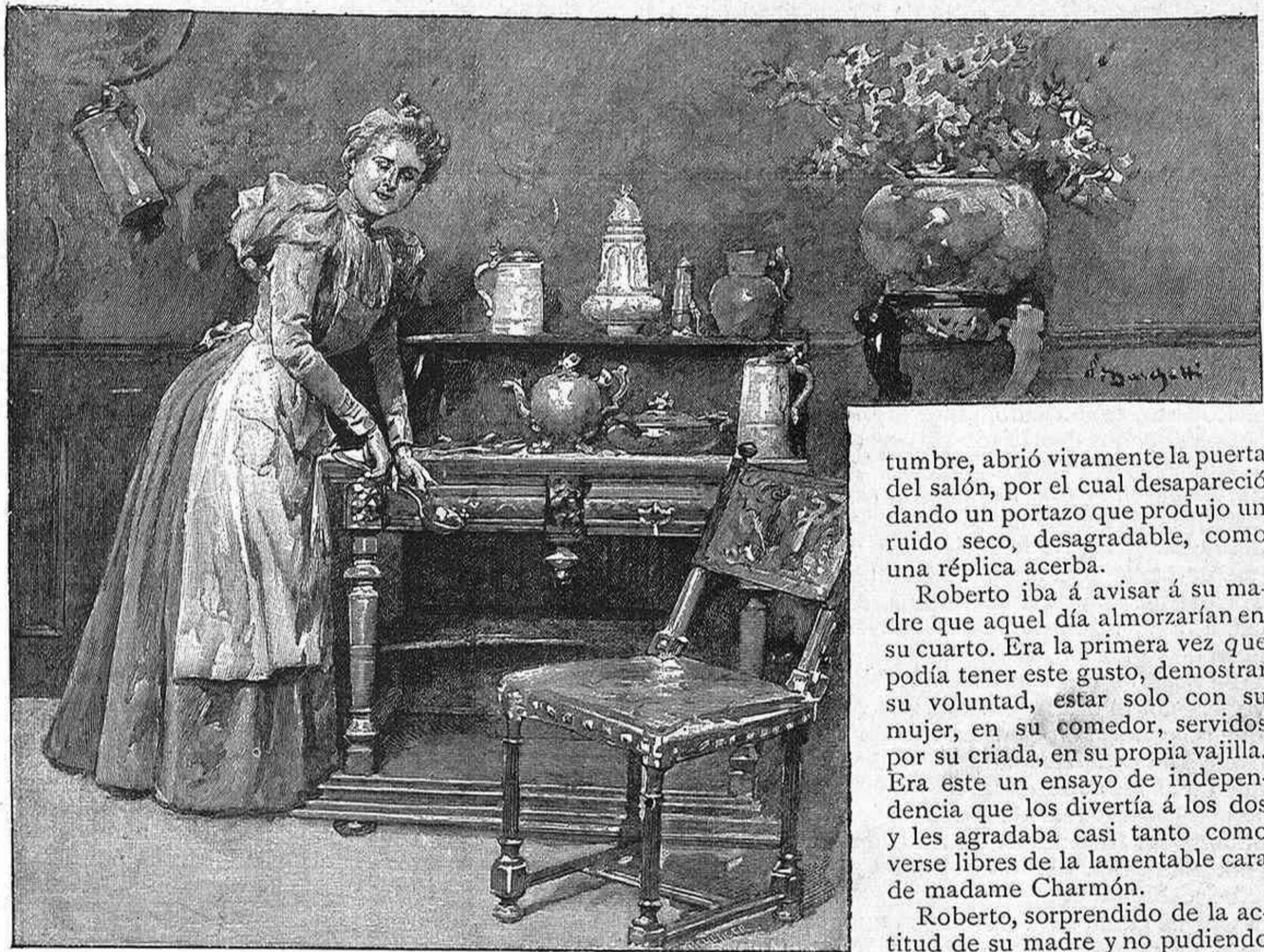
No conviene tener siempre presente en la imaginación el bien que se hace, porque se convierte en una idea fija que adquiere proporciones anormales, y se llega á exagerar la propia generosidad y el agradecimiento debido.

— Esa criada, repuso suavemente la viuda, tiene un aire desagradable. La miraba á usted con una impertinencia..., para adivinar sin duda lo que pensaba usted.

— Sí. Todavía la agravación de saber por un criado aquel proceder. En lugar de avisarla de buen modo, se obraba con inconveniencia; se la exponía á la humillación de que se burlara de ella una criada.

Por efecto de su enojo, apretaba el paso, impaciente por llegar á su casa, no sabiendo aún si guardaría un silencio digno ó si recordaría á sus hijos sus deberes.

— Lo mejor que puedo hacer, dijo Mad. Charmón como si no echara de ver aquel estado moral, es aceptar la proposición de miss Hartley.



Maud preparaba una mesa elegante

Este nombre llevó al colmo la indignación de madame Le Clercq, la cual contestó con agrio acento:

— Lo mejor que puede usted hacer es continuar como está; no necesita usted aceptar ofrecimientos que la desagradan, según dijo usted ayer. Supongo que admitirá usted que debo ser la dueña de mi casa. Esas indocilidades de chiquilla no me harán ceder ninguno de mis derechos, y el más innegable es el de recibir en mi casa á quien me plazca; usted permanecerá en ella todo el tiempo que guste. Le confieso que me contrariaría el que usted se fuera. El carácter de usted me inspira mucha simpatía.

La viuda se quedó muy satisfecha. Hizo una alusión á los servicios que podría prestar á su amiga en un proyecto de que le había hablado muchas veces, aunque sin gran resultado, pero del que entonces hizo más caso. Fundándose en la notoria generosidad de Mad. Le Clercq, una señora inglesa, presidenta de la Asociación internacional del trabajo de las mujeres, le proponía que fundase en Francia una sucursal de aquella asociación, de la que sería presidenta.

Era una empresa gigantesca; se deseaba fundar en las principales ciudades á modo de unos refugios para las jóvenes pobres. Este pensamiento filantrópico debía gustar á Mad. Le Clercq; Mad. Charmón se ofrecía á ir á Inglaterra á entenderse con la presidenta, y estudiar el funcionamiento de la asociación, sus resultados, sus medios de acción.

Si Lucy Hartley la hubiera oído exponer elocuentemente estos proyectos, habría comprendido en seguida por qué rechazaba aquella mujer el empleo cansado y enojoso que se le proponía; no la habría tachado de indolencia y de nulidad; habría observado en ella una imaginación muy despejada, y que se había trazado un plan para vivir al abrigo de la necesidad con todas las consideraciones sociales.

— ¿Hay, en efecto, medio de existencia más fecundo, menos ingrato, que el oficio de Dama caritativa, fundadora de asociaciones benéficas? Mad. Charmón conocía más de una celebridad de la caridad que, merced al arte de excitar la compasión de las buenas almas, vivía desahogadamente. Prefería esta carrera á la de la enseñanza. Si la asociación no tenía buen éxito, siempre sabría hacerse indispensable á aquella anciana y rica señora, atraerle tal cúmulo de asuntos, de correspondencia, de viajes, de responsabilidades, que necesitaría una colaboradora, ya designada de antemano. El objeto era menos difícil de alcanzar de lo que parecía. Era preferible que los hijos de madame Le Clercq fuesen rebeldes á su admisión en la casa, era preferible una riña. Así dominaría más fácilmente, en virtud de la vanidad herida, á una mujer aislada y sola, que á una madre que viviera en la intimidad de la familia.

Al atravesar el vestíbulo, Mad. Le Clercq vió á su hijo. En lugar de aguardar su saludo como de cos-

tumbre, abrió vivamente la puerta del salón, por el cual desapareció dando un portazo que produjo un ruido seco, desagradable, como una réplica acerba.

Roberto iba á avisar á su madre que aquel día almorzarían en su cuarto. Era la primera vez que podía tener este gusto, demostrar su voluntad, estar solo con su mujer, en su comedor, servidos por su criada, en su propia vajilla. Era este un ensayo de independencia que los divertía á los dos y les agradaba casi tanto como verse libres de la lamentable cara de madame Charmón.

Roberto, sorprendido de la actitud de su madre y no pudiendo adivinar la causa, entró detrás de ella en el salón. Se estaba quitando los guantes con agitación. Al

verle, Mad. Charmón saludó y se marchó.

— ¿Deseas hablarme?, preguntó Mad. Le Clercq abreviando el saludo afectuoso de su hijo.

— Sí, quería avisarla que hoy no almorzaremos con usted.

Roberto dijo esta cosa enorme tranquilamente, sin sospechar la importancia que la daba su madre, la cual replicó con tono agresivo:

— ¿Nada más que hoy?

El joven conoció que estaba enojada, y la miró sorprendido.

— ¿Supongo que esto no puede desagradarla á usted?

— Nada de eso, replicó Mad. Le Clercq con la misma voz sarcástica. Y si á tu mujer le gusta proseguir sus ensayos culinarios, puede hacerlo.

Roberto tenía la propiedad de erguirse cuando se usaba con él un tono que le desagradaba.

— ¿Si le gusta á mi mujer? ¿Por qué dice usted eso? No es ella la que ha deseado quedarse en nuestra habitación, sino yo.

— ¿Y puedo saber por qué?

— ¡Oh!, replicó Roberto con tono cada vez más serio: hay muchos motivos. El enojo de usted me prueba que los ha comprendido. Permitame usted solamente que le asegure que no hemos tenido la intención de disgustarla.

— No. Lo que habéis querido es darme una lección.

— No lo permita Dios. Puesto que interpreta usted mal las razones que tengo para obrar así..., digo las razones que tengo, puesto que María Magdalena no entra para nada en el asunto..., se las diré. Usted tiene el derecho de dar asilo en su casa á las personas de su agrado; pero si estas personas no me gustan á mí, creo que me concederá usted el derecho de retirarme hasta que hayan cambiado de asilo.

— ¡Me lo figuraba!, exclamó Mad. Le Clercq. Me daís á escoger entre vosotros ó ella; es decir, la pretensión de hacerme ceder.

— Se equivoca usted, madre.

— Demasiado sabes que no. ¿No vi ayer la tendencia de las proposiciones de miss Hartley? Entre las dos jóvenes había una confabulación.

Roberto no protestó contra esta acusación.

— No apruebo lo hecho por miss Hartley, prosiguió Mad. Le Clercq con vehemencia; ayer no tuvo tacto; no debe inmiscuirse en asuntos íntimos que nada tienen que ver con ella.

— Pues precisamente ese es el otro motivo por el que prefiero quedarme en mi habitación, dijo Roberto con tono más sosegado. A usted no le es simpática miss Hartley, y yo no quiero imponerla su presencia. Creo que después de la escena de ayer le habría sido penoso sentarse á la mesa de usted.

— Creo que mi hijo me da lecciones de urbanidad.

— No. Le explico á usted lealmente mi estado de

ánimo. A miss Hartley se le da hospitalidad en mi habitación; por consiguiente, si puedo, debo evitarle todo incidente desagradable.

— Sin embargo, me parece que he disimulado la contrariedad que me causaba, y no recuerdo haberle contestado nada.

— Le ha contestado usted... amonestando a María Magdalena con bastante acritud.

— ¡Ah! Esa es la verdadera razón del golpe de Estado que hoy se da. Yo creía que una mujer de la edad de María Magdalena puede aceptar una observación de la madre de su marido, una reprimenda si quieres, conforme; demasiadas pruebas le he dado de mi cariño, de todos los modos posibles para tener sobre ella los derechos que hubiera tenido su madre.

Roberto, contrariado, murmuró.

— Hablamos demasiado de derechos...

Nunca había visto a Mad. Le Clercq en tal estado; siempre le había parecido la razón misma, equitativa, dulce y sumamente buena. ¿De dónde procedía hoy aquella viva irritación? De causas tan nimias que no podía presumirlas. ¿Qué tenía contra María Magdalena? ¿Por qué aquella actitud de disgusto a causa de la resolución tan natural de disfrutar un poco de su hogar doméstico?

Se quedó un rato pensativo, viendo a su madre ir y venir por el cuarto con una expresión firme y dura que no conocía en ella. La alusión que acababa de hacer a su cariño a María Mad, a todas las pruebas que de él le había dado, le había zaherido. Aquel recuerdo indiscreto de los beneficios recibidos era humillante. Después de un rato de silencio, se volvió para salir. Mad. Le Clercq, por su parte, después de haber exhalado la primera indignación y de dejar ver hasta qué grado se la había ofendido, se iba calmado. La rigidez de su hijo contribuía a esta mudanza. Conocía el imperio que ejercía sobre él; pero también conocía aquel carácter leal y firme. Si llegaba a suponer que se excedía en sus derechos, si creía deducir que se proponía anular su voluntad y la de Maud, todo habría concluido. Se retiraría, sin calcular las desventajas que de ello podrían resultar. Madame Le Clercq tuvo miedo de que esto sucediera. Le quería, pero estaba celosa de su ascendiente. Comprendió que aquella cólera no daría de sí nada bueno, que la disponía mal, porque él la juzgaba injustificada. Por una diplomacia femenina casi involuntaria, adoptó el tono que debía poner las cosas en su lugar, y con voz más suave dijo:

— Hijo mío, estoy segura de que comprenderás el disgusto que he tenido al saber por una criada impertinente vuestra resolución de apartaros de mí.

— ¿Por una criada?

— Sí, Estela, una muchacha descarada que hace poco me lo ha dicho con un tono que me hizo suponer que queráis disgustarme. A mi edad cuesta trabajo renunciar a las costumbres adquiridas. Yo había esperado que viviríais siempre conmigo. Quiero a María Magdalena; es una joven encantadora, y si entre nosotros no se metieran personas necias, no habría sucedido nada de esto.

Roberto, cuyo corazón era fácil de conmover y que profesaba a su madre un cariño profundo, se estremeció al oírle hablar de aquel modo. No vio en toda aquella irritabilidad más que la explosión de dolor de una anciana que teme encontrarse aislada y en vísperas de que la abandonaran sus hijos.

— ¿Cómo ha podido usted suponer que quisiéramos apesadumbrarla? Dice usted que había esperado que viviéramos siempre juntos. Pero si ese es nuestro deseo. ¿Qué haríamos sin usted? La queremos demasiado para abandonarla. Y digo la *queremos*. María Magdalena jamás ha pronunciado una palabra que no expresara toda su gratitud. No ha hecho la menor alusión a lo que le dijo usted ayer. Miss Hartley es demasiado inteligente para querer producir rencillas entre la familia. Mad. Charmón..., ¡oh!, le aseguro a usted que Mad. Charmón no me gusta. No la creo franca ni buena; su aire triste me parece afectado... Pero a usted le gusta, conforme. Es justo que no se preocupe usted de mis preferencias.

Satisfecha de haber recobrado toda su influencia sobre su hijo, Mad. Le Clercq le sonrió, y con esa facilidad de concesión que se tiene en los momentos de enternecimiento, le dijo:

— No es indispensable que la tenga en casa para demostrarle todo mi interés... Puesto que os molesta, llevaré a cabo un proyecto de que no ha mucho me hablaba. Es un viaje para adquirir ciertos informes, todo un negocio que no te interesaría y del que te hablaré más adelante.

Conmovido del sacrificio espontáneo que le hacía su madre, Roberto la abrazó y le dijo sonriendo:

— Mamá, ¿quiere usted convidarnos a comer esta tarde?

— ¡Pues no! ¿Y por qué no a almorzar?

— Porque María Magdalena está en este momento sumamente atareada organizando ese famoso almuerzo. Es muy divertido verla ir y venir, dar órdenes, vigilar las cacerolas; está monísima con su delantal blanco que le da un aire de pequeña ama de casa. Tendría un verdadero disgusto si no hiciéramos honor a su banquete.

— También me gustaría juzgar de las aptitudes culinarias de tu mujer, dijo alegremente Mad. Le Clercq. Y si se me convidara...

— Sí, sí, venga usted. Tendremos en mucho que usted nos acompañe. Será la primera vez que nos suceda esto. Voy a decir a Maud que tiene una convidada. ¡Qué contenta se pondrá!

Si se puso contenta, no se le conoció mucho. Un silencio absoluto acogió la noticia llevada por Roberto.

Maud, sumamente afanada, corría por su comedor, preparaba una mesa elegante, cristalería deslumbradora, una vajilla con sus iniciales, que iban a estrenar; servicio de plata nuevecito, demasiado, pues no se había usado nunca; escalfador, saleros, platos para encurtidos, de un brillo de níquel, que contrastaban con los cubiertos antiguos, regalados por el doctor de Bois Saint-Marcel; piezas de plata viejas, de brillo amortiguado por esa incomparable patina que da el tiempo.

Miss Hartley colocaba en un jarro flores de malva, belloritas silvestres de ancha corola blanca, ramas de madreselva y hierbas finas que tan ricamente adornan con sus hojas y sus penachos las zanjas y los campos. Lucy pretendía que la sencilla naturaleza da una bofetada a toda la ciencia hortícola, pues sus malvas, sus belloritas y su madreselva son mil veces más artísticas que las más hermosas orquídeas.

— ¡Y menos presuntuosas! ¡Y menos raras! Esas flores de formas extrañas me agradan poco, me infunden desconfianza; me parecen fingidas, como artistas que desempeñan un papel, coquetas llenas de afeites, sin nada natural. Mire usted, Maud, qué curva tan bonita tienen estas margaritas; con qué gracia se inclinan sobre su tallo demasiado largo y qué suavemente las enlaza la flexible madreselva. La malva las mira con tonos blandos. Es como una mirada húmeda. En un ramo de flores campestres veo todo un poema delicado. Vuestras camelias, premiadas en la Exposición de horticultura, son prosaicas, ¡y qué prosa! Tienen el orgullo de los advenedizos: son financieros, barones Salomón, ricos, pero desconocedores de lo Bello.

Maud, a pesar de sus preocupaciones, se sonrió.

— Teorías son esas que encantarían a Renato Darlot; es como usted, algo loco.

— La verdad es que tiene algo de raro, dijo Roberto, a quien le gustaban las ideas de Lucy porque comprendía su originalidad sincera, sin la menor apariencia de pretensión. Sí, M. Darlot es un hombre raro, a veces hasta poco cortés; pero creo, miss Lucy, que participa de las opiniones de usted sobre las camelias. Ya sabe usted que mi madre tiene una hermosa colección de ellas; pues hace algunos días Darlot no quiso entrar en el invernáculo para verlas; y sin embargo, también hay dalias soberbias.

— ¡Horrible! ¡*Most horrible!* exclamó Lucy con cómica indignación. La dalia no es una flor; es una bola erizada, hecha de tubitos de cinc. Es rígida, pesada, no tiene olor ni gracia; es una flor tonta como la vanidad, mejor dicho, no es una flor, sino la obra maestra del mal gusto de los horticultores. Convengo en que los colores son vistosos. En cuanto a las camelias, por hermosas que sean, siempre parecen flores de papel; se las figura uno bajo un fanal en el cuarto de un portero.

María Magdalena había ido a dar una mirada a la cocina, Roberto reía oyendo a miss Hartley.

— ¿Y de dónde ha sacado usted esas flores, las más bonitas de todas, que no deben nada al arte?

— He salido mientras todo el mundo dormía aún; yo madrugo mucho. A las cinco de la mañana es cuando más se disfruta de la belleza del campo. Me he metido por el primer sendero que he encontrado...

— ¿Sola?

— ¿Por qué no? Por el camino he encontrado a M. Darlot, el «eccentric-man» más agradable. Iba como yo a ver el despertar del campo. Es espectáculo precioso: las hojas llenas de rocío, las flores macilentas por el sueño de la noche, y los árboles y los horizontes rodeados aún de niebla. Me ha llevado a un sitio encantador: un retiro entre hayas junto a una charca de agua verde rodeada de berros silvestres; desde allí se ve toda una pradera, habitada por vacas rojizas que parecen pintadas por Troyon, y en primer término un pequeño campo de trigo. Nos hemos sentado en un vallado y nos hemos puesto a contemplar cómo se despertaba la campiña. Primeramente ha salido de él un bando de alondras tocando diana;

después se han enderezado las espigas y sacudido las gotas de agua que las diamantaban; había también amapolas que abrían su corola y desarrugaban sus pétalos con extremada coquetería. Caballero, usted que se sonríe, ¿no ha presenciado usted nunca cómo sacude el sueño un campo de trigo y de amapolas? Pues le tengo a usted lástima. Todas las enojosas pequeñas miserias de la vida se nos presentan entonces tales como son: ¡bagatelas indignas de atención! Se comprende que la mayor dicha que pueda haber es procurar identificarse con la naturaleza, quererla, no ser más que una parte de ella misma. Le aseguro a usted que siento mucha amistad por las plantas y que me es penoso cortar una. Sí, sí, es verdad. Aquí tiene usted un manojito. M. Darlot es quien las ha cogido; aunque sea bastante sensitivo, su dureza es mayor. A pesar de mis protestas, ha matado todas esas flores, tan contentas de vivir.

Mientras hablaba con ese acento musical un poco cantante propio de las inglesas, Lucy iba colocando de un modo artístico sus belloritas en un jarro de loza azul; componía su ramo como un pintor compone un cuadro. Y Roberto, interesado, entretenido con lo que decía, miraba sus largos y delgados dedos cómo encorvaban los tallos y arreglaban con inteligencia los pétalos.

Esta intimidad de conversación le agradaba. Suponía a miss Hartley muy inteligente y aparte del modelo común de las mujeres que visitaban a María Magdalena. La soltura y la sencillez de aquella joven le gustaban: le profesaba verdadera amistad.

Se le ocurrió que si Mad. Le Clercq oía tales conversaciones, como no las comprendería, tacharía a miss Hartley de loca ó de afectada.

— ¿Y qué opina usted de M. Darlot? Participa de su manera de ver en muchas cosas.

— Me gusta mucho, contestó la joven con sencilla franqueza. Es hombre de espíritu delicado, original. A lo que puedo juzgar, pues aún le conozco poco, debe ser bueno. Ese hombre no debe tener preocupaciones: debe dejarse vivir, sin pensar mucho en la vida material y práctica. En nuestro tiempo, es tan raro un desinterés verdadero, que lo admiro.

— Deben ustedes tener conversaciones interesantes. Por ejemplo, esta mañana, mientras presenciaban ustedes la salida del sol entre los trigos han debido cambiar impresiones y delicados entusiasmos.

Lucy meneó la cabeza.

— No hemos cambiado ni tres frases. Sentados en la valla, hemos permanecido silenciosos, porque no hay palabras que no parezcan huecas en ciertos momentos y nuestro amor al campo no es literatura. ¿Se le ocurriría a usted hablar mientras oyera la sinfonía pastoral? Esta mañana las alondras, las moscas, las hojas de los árboles, las espigas de trigo y las amapolas la han tocado para nosotros. Escuchábamos religiosamente; y he juzgado que M. Darlot tenía talento, puesto que no me ha dirigido la palabra: únicamente nos hemos hablado al separarnos: «¿Qué hermoso es esto, verdad? — me ha dicho. — Hay un rincón de verdura junto a un estanque, adonde la llevaré a usted y desde el cual se ven magníficas puestas de sol. Es un estanque de aguas verdes, lleno de iris y de nenúfares. En la orilla las ruinas de una vetusta casa solariega convertida en nido de buhos. Es un cuadro de la escuela romántica ó una balada de Víctor Hugo; está en la nota del arte de 1830.»

— Muy bien: de suerte que irán ustedes a buscar a orillas de ese estanque sensaciones raras y algún resfriado.

— ¡Oh, espíritu prosaico!, replicó miss Hartley riendo. Y para gozar verdaderamente de ese espectáculo debería vestirme de dama de aquel tiempo: mangas de jamón, zapatos con galgas, y un chal. Afectaría una gracia llena de abandono y languidez. En cuanto a M. Darlot, llevaría levita con cuello alto de terciopelo, corbatín de crin y tendría una expresión fatal.

Y como Roberto se reía al oír esta ocurrencia, añadió:

— ¿No ha observado usted cuánto influye el traje en las ideas? Si en un baile de máscaras se endosa usted el justillo de ballenas de un menino de Enrique II, ¿tendrá usted las mismas ideas que si se pusiera la chaquetilla bordada de un griego, ó la túnica de un rey mago, ó el gorro puntiagudo de un médico de Molière?

— Vamos, confíese usted que hay algo de diletantismo en sus admiraciones.

— De veras que no, contestó Lucy.

Presentóse Mad. Le Clercq, acompañada de madame Charmón, a la que era imposible dejar sola. En seguida se hizo penosa la conversación.

María Magdalena se mostró muy amable: Roberto lo notó: conocía bastante a su mujer para sentir su desaliento, y a la verdad, participó de él. Aquel al-

muerzo íntimo hubiera podido ser muy agradable entre aquellos tres seres de carácter animado u original, satisfechos de poder dejarse llevar de su alegría.

En lugar de este placer delicado, comenzó una sosa conversación sobre las diferentes asociaciones caritativas de la ciudad, sobre algunas personas conocidas, sobre el último sermón del padre X..., y sobre otros pocos asuntos, siempre los mismos, de los que se trataba todos los días en términos idénticos.

Lucy se aburría grandemente. Empezó ya a pensar que le era indispensable ir pronto a Tregastel con objeto de empezar los estudios preparatorios para su cuadro. Mad. Le Clercq recordó a María Magdalena que por la noche los esperaba en su habitación como de costumbre, y la joven le dió las gracias. Tenía el aspecto lastimero de un perrillo que ha roto su cadena, cree recobrar un poco de libertad, pero al que vuelven a llevar a su caseta con palabras poco amables y una cuerda al cuello.

Sin embargo, hacia el fin del almuerzo, la conversación, monótona hasta entonces, se fué animando. Madame Le Clercq afectó examinar detenidamente los cubiertos de plata antigua en donde estaba grabado el escudo de los Bois Saint-Marcel, rematado en una celada. María Magdalena pensó con inquietud si su suegra se llevaría los tenedores como se había llevado su caja de dulces. No, propuso un medio menos radical.

- Tengo algunas piezas de mi vajilla para que las componga mi platero de París, dijo. Podría enviar al mismo tiempo tus cubiertos, nena.

- ¿Para qué?

- Para que grabara en ellos tus iniciales en lugar de esas armas que no son las tuyas; es un trabajo fácil y que no estropeará los objetos.

Roberto consideraba esto con indiferencia; pero María Magdalena sintió una contrariedad tan viva que la hizo perder el color, y con tono que procuraba hacer tranquilo, contestó:

- No, señora, no borrarán ese escudo que es todavía el mío y que tengo empeño en conservar. Es un antiguo recuerdo de familia, y sentiría mucho que se le tocara.

- Pues me parece una vanidad un poco ridícula.

- Probablemente tendrá usted razón, pero le ruego que me perdone esta vanidad, por ridícula que sea.

María Magdalena hacía violentos esfuerzos para conservar un tono de cortés deferencia. Estaba exasperada.

Esto, unido al disgusto de no haber podido estar sola en su habitación con su marido y su amiga, de no haber podido, ni siquiera un día, librarse de la presencia de su suegra, era la última gota de amargura.

Roberto, observando que tomaba muy a pechos este incidente, insignificante a sus ojos, dijo:

- Sería cometer una falta de consideración con el doctor, que ha dado estos cubiertos a María Magdalena, el modificarlos de cualquier modo que fuese. Además, este escudo es muy bonito, y comprendo que esté encariñada con él, Mad.

La joven dirigió a su marido una mirada de gratitud.

- Entonces, ¿podré llevar alhajas antiguas con escudos? ¿Y quieres que mis tarjetas lleven mi nombre junto al tuyo?

- ¿Por qué no?, contestó Roberto extrañado. Estas cosas tienen tan poca importancia...

María Magdalena, sonriente, añadió volviéndose a su madre:

- Creo, señora, que me hará usted el favor de

- ¿Y se sabe quiénes son los que tienen derecho?, replicó Mad. Le Clercq que por un momento olvidó su mansedumbre ordinaria. Admito que lo tengan las personas de conocida nobleza, cuyo rastro se sigue en la historia. Pero todas esas presuntuosas partículas salidas no se sabe de dónde, esas familias de hidalgueros oscuros que se llamaron de la Haie porque su casucha estaba rodeada de un seto, ó de

l'Etang en honor de una charca que había en las cercanías; toda esa seminobleza, necesitada y altanera, que no se remonta a ciertos años, no es más que plebe que se avergüenza de su origen. La familia Le Clercq, a la que pertenezco, por haberme casado con mi primo, tiene tras sí tres siglos de buena burguesía de toga. Hemos sido consejeros en el Parlamento de Normandía, tenemos nuestros anales y nuestros archivos, que valen tanto como otros muchos, aunque no ostenten escudos. En ellos no se encuentra un acto de deslealtad ni una villanía. Hace trescientos años que somos de los primeros de la provincia por nuestra honradez, nuestra riqueza y nuestras alianzas con las casas más consideradas. Querida mía, tú no nos traes el primer escudo que hubiéramos podido adoptar, pues hemos tenido en la familia una vizcondesa de Villeresne, una baronesa de Vatan, una marquesa de Lancieux. Me parece que estas noblezas valen tanto como la tuya. Sin embargo, jamás hemos admitido la adición de otro nombre: el nuestro nos ha bastado. Ahora haz lo que te parezca.

Esta vehemente salida mostraba el fondo del alma de Mad. Le Clercq. Y había cierta grandeza de orgullo en la actitud y el tono de

la anciana señora, reivindicando sus derechos de plebeya, declarando en alta voz su burguesía, que no se había dignado ilustrar su nombre con el escudo de los Lancieux.

Había muchas cosas verdaderas en lo que acababa de decir, pero fueron expuestas con tan amarga acrimonia, que causaron consternación general.

María Magdalena, con los labios temblorosos y el rostro bastante pálido, hizo un gran esfuerzo para contenerse.

Se levantó y dijo:

- Estoy algo indispueta. Con permiso de ustedes salgo un instante.

Conociendo Mad. Le Clercq que había ido demasiado lejos, dijo suavizando el tono:

- Debes suponer, querida Magdalena, que no he tenido intención de disgustarte. Hablo en tesis general.

María Mad no contestó y Lucy dijo mientras su amiga salía:

- Yo te pintaré dos jarrones normandos de loza con tus armas. Esto adornará muy decorativamente la mesa.

Era una réplica a Mad. Le Clercq, la cual lo conoció y lanzó a Lucy una mirada fría que ésta sostuvo con serenidad.

Roberto estaba aterrado. Y, lo que no era de esperar, aquel almuerzo, preparado con tanta alegría por María Magdalena, acabó en las circunstancias más desagradables.

(Continuará)



Me ha llevado a un sitio encantador: un retiro entre hayas junto a una charca de agua verde

devolverme mi caja de dulces, pues la quería mucho.

- Bien, dijo secamente Mad. Le Clercq.

Roberto echó entonces de ver que, sin pensarlo, se había puesto de frente a su madre, la cual estaba enojada. Sintió una impresión penosa, y se preguntó con angustia si los más menudos incidentes de la vida diaria iban a producir escaramuzas; si todas las conversaciones, sencillas en apariencia, ocultaban lazos en que iría a caer, descontentando alternativamente a su mujer ó a su madre.

Lucy Hartley veía que se acentuaba la frialdad después de aquel incidente, y dijo:

- Participo de la afición de Maud a los blasones, aunque sólo sea desde el punto de vista artístico. He pintado vajillas, compuesto tapicerías, y si hubiera tenido como usted, *darling*, el derecho de poner escudo en los objetos que me pertenecen, habría hecho uso de él. Fíjese usted en que los ornamentistas de todas las épocas se han valido de él. Es un hermoso asunto principal para una pieza decorativa.

- Por desgracia, replicó Mad. Le Clercq con sequedad, se ha abusado de él; de suerte que ahora todo el mundo, nobles y plebeyos, lo aprovechan. Veo en casa de las personas más insignificantes unicornios, leones heráldicos, escudos, y todo eso se va vulgarizando. No hay fabricante de champagne ó de betún que no ponga un escudo en su marca de fábrica. Esa necedad es la que yo quería evitar a María Magdalena.

- La necedad empieza por los que se sirven de eso sin derecho, replicó Lucy Hartley.

ESTATUA ECUESTRE

DEL GENERAL HEREAUX

En la nueva exposición que en sus salones acaba de organizar el Círculo Artístico de esta ciudad, llama la atención la hermosa estatua ecuestre, de tamaño natural, del infortunado general Ulises Hereaux, asesinado alevo- samente en la capital de la República de Santo Domingo, cuya Presidencia desempeñaba, pulcra- mente modelada por el distinguido escultor catalán Pedro Carbonell y fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins. La obra que damos á conocer á nuestros lectores está destinada á servir de digno remate del panteón que se ha construído en la catedral de Santo Domingo, con arreglo al proyecto del citado escultor señor Carbonell y del arquitecto Sr. Romeu, cuyos detalles y conjunto, ha un año, reprodujimos en las pági- nas de esta Revista. Cuanto á la estatua del ex presidente, sólo he- mos de consignar que es una obra altamente recomendable, que hon- ra al laborioso artista que la ha modelado.

**

EL ORIGEN DE LA PILA

DE VOLTA

Hace poco, Italia ha celebrado el centenario del invento de la pila eléctrica, uno de los más fe- cundos para la humanidad, rin- diendo justo homenaje á la me- moria de uno de sus más ilustres hijos: Alejandro Volta.

No es nuestro ánimo hacer la historia de ese invento; pero sí queremos recordar algunos expe- rimentos poco conocidos que pre- cedieron á los inmortales trabajos de Volta y que demuestran cómo el hombre de genio sabe aprove- char los hechos que la casualidad ó la experiencia han ofrecido á otros sabios y sacar de estos he- chos aislados consecuencias y apli- caciones imprevistas.

Es muy poco frecuente que un gran invento salga del cerebro de un hombre, como salió Minerva completamente armada de la cabeza de Júpiter. Los inventos están, por decirlo así, en el aire y se condensan en una fórmula concreta en vir- tud de la reunión de las distintas observaciones que han dirigido la atención en un sentido determinado.

Antes de Galvani se habían notado varios fenóme- nos análogos á los que él observó en la rana y se había aplicado al tratamiento de ciertas enfermeda- des la electricidad, á la que se daba el nombre de fluido vital. Era, pues, natural que Galvani, como fi- siólogo, atribuyese un origen eléctrico á las contrac- ciones de la rana.

Asimismo — y este hecho es ya menos conocido — Volta sacó los principales argumentos y la base de su invento de un descubrimiento anterior: la pila eléctrica no es más que la consagración, la demostra- ción de la teoría de la electricidad de contacto. Hasta hace poco creyóse que Volta era el primer autor de los experimentos sobre la electricidad de contacto; pero no es así, sino que este descubrimiento había sido publicado en 1789 por Abraham Bennet, el in- ventor del electroscopio de hojas de oro y del dupli- cador eléctrico.

A fines del siglo XVIII la atención de los físicos fijábase de un modo especial en estos últimos aparatos, inventados para multiplicar una carga eléctrica dada hasta el punto de hacerla sensible á los aparatos de medición, y que fueron, en realidad, las primeras máquinas de influencia que se han construído.

Estos aparatos tienen su origen en el condensador plano que Volta inventó en 1780 y cuya descripción hizo en 1782: como están descritos en todos los tra- tados de física, no insistiremos en su construcción ni en sus aplicaciones. Fueron perfeccionados sucesiva- mente por Cavallo, Bennet y Nicholson: estos dos últimos construyeron máquinas compuestas de tres discos, dos fijos y uno móvil, alrededor de un eje horizontal, en las que las comunicaciones necesarias

estaban establecidas de una manera automática. Cuando funcionaba el aparato y se comunicaba á uno de los discos una carga eléctrica inicial, aunque fuera muy débil, el duplicador no tardaba en sumi- nistrar una corriente de chispas. Era, pues, una ver- dadera máquina de influencia.

Muy pronto se observó que si se hacía funcionar

aproximación de sus placas paralelas. Esta carga pue- de ser positiva ó negativa, según que las placas ó los hilos de contacto están compuestos de substancias que tienen una mayor ó menor afinidad de adheren- cia al fluido eléctrico.»

Observando que se podía cambiar á voluntad el sentido de la electrización cubriendo de minio la placa de cobre, dice:

«Fácilmente se deduce que el simple contacto de metales ó de otras substancias que tienen una afinidad diferente para el fluido eléctrico, puede cambiar el senti- do de la electrización.»

Y para mejor demostrar esto, determinó el sentido de la electri- zación y la fuerza de la carga eléc- trica cuando el metal en contacto con el latón del disco era de hie- rro, de plomo, de cinc, etc. (1).

Quedaba, pues, naturalmente probado que el simple contacto de dos metales es un manantial de electricidad: los hechos eran numerosos y metódicos y sus con- secuencias aparecían claramente enunciadas.

Por otra parte, no puede poner- se en duda que Volta conociera los experimentos del sabio inglés cuando entabló con Galvani la célebre discusión que apasionó á los hombres de ciencia de fines del siglo pasado y cuyas conse- cuencias y conclusión fueron el invento de la pila. En efecto, Ben- net publicó sus trabajos en una obrita (2), hoy muy rara, al frente de la cual se inserta la lista de los suscriptores, en la que figura Volta, profesor de filosofía natu- ral y experimental.

Y si se tiene en cuenta que Volta había empezado por acep- tar y defender la teoría de Galva- ni, se comprenderá la importancia que revisten los experimentos de Bennet. Si Volta no hubiese co- nocido éstos, ¿habría entablado luego aquella memorable discus- sión con Galvani? ¿Habría sido inventada la pila?

Pero, lo repetimos, esto en na- da disminuye la gloria del célebre físico de Pavía: si el descubri- miento del fenómeno corresponde por entero á Bennet, Volta supo fijar sus leyes y deducir aplicaciones prácticas de importancia incalculable. Lo único que puede cen- surarse en Volta es que no mencionara á su precur- sor Bennet y que presentara como enteramente suyo un descubrimiento cuyo principio por lo menos ha- bía tomado de otro sabio.

G. PELLISSIER



ESTATUA ECUESTRE DEL GENERAL HEREAUX, obra de Pedro Carbonell, fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)

el aparato aun sin haber recibido previamente una carga eléctrica, no tardaba en producir chispas, de modo que se cargaba automáticamente. Cavallo atribuía este fenómeno á la electrización anterior de los discos, que persistía cuando el electrizador permanecía en reposo. Bennet estudió, á su vez, ese fenóme- no, hizo experimentos, empleó discos de diversas

substancias, hilos de contacto de distintos metales, y de sus experimentos dedujo estas conclusiones: «La causa principal de la carga espontánea del duplicador es la atracción de la electricidad por la

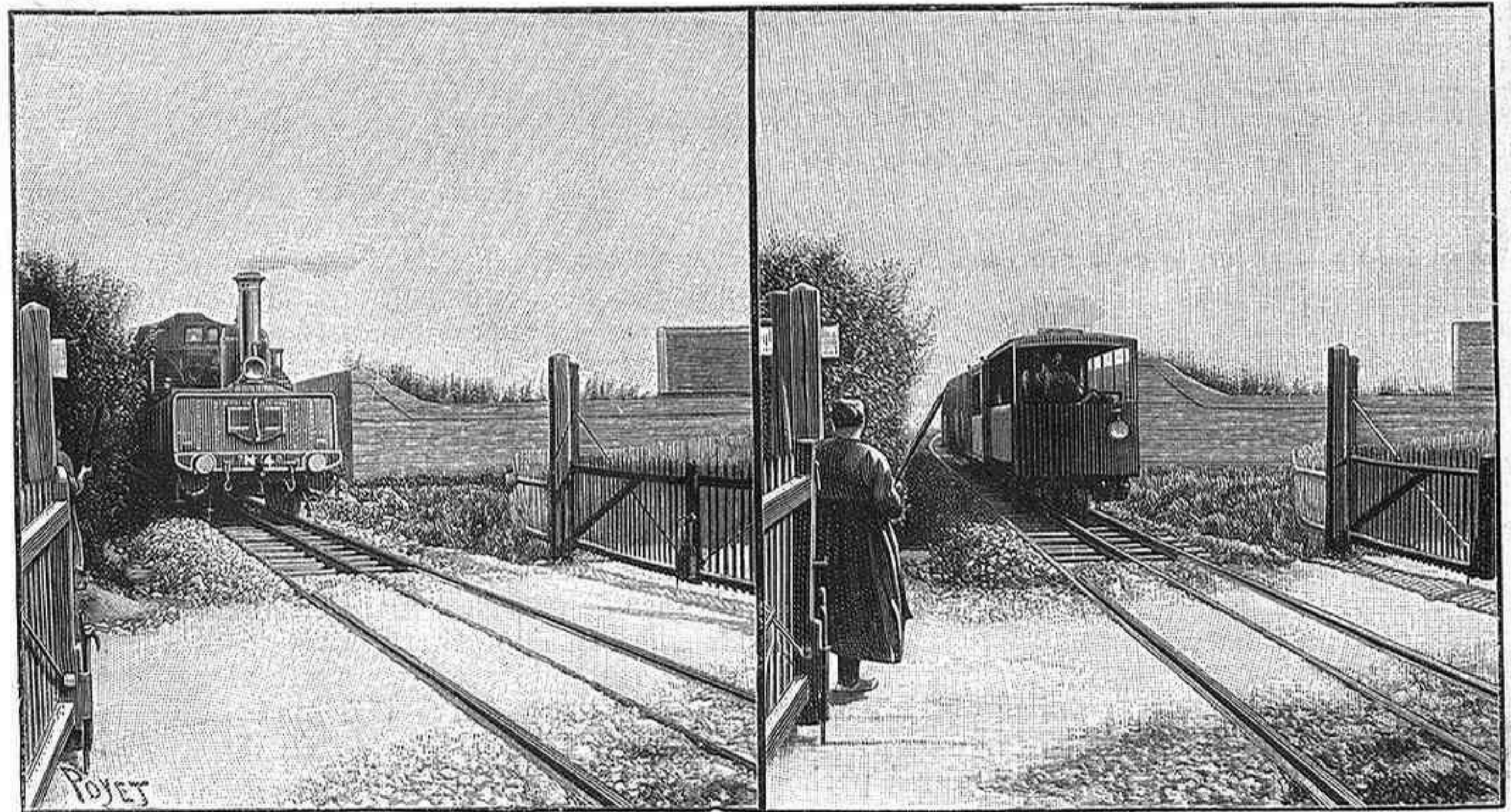


Fig. 1. — Paso del tren por la vía ancha

Fig. 2. — Paso del tren por la vía estrecha

VÍA DE FERROCARRIL PARA DOS USOS

substancias, hilos de contacto de distintos metales, y de sus experimentos dedujo estas conclusiones:

«La causa principal de la carga espontánea del duplicador es la atracción de la electricidad por la

(1) Véase el trabajo de G. Pellissier sobre los duplicadores y los experimentos de Bennet en *La lumière électrique* de 10 de noviembre de 1888.

(2) Véase Bennet (Abraham). *New experiments on Electricity*, in 8.º Derby, 1789.

VIA DE FERROCARRIL PARA DOS USOS

Existe en Normandía un pequeño ferrocarril, construido hace diez años por M. Decauville, que pone en comunicación Cabourg, Luc y Caén: unos 30 kilómetros de vía de 60 centímetros sirve de camino rodado para trenes minúsculos arrastrados por esas mismas locomotoras que en 1889 hacían el servicio interior de la Exposición de París.

La sociedad que explota actualmente esa línea deseaba desde hace mucho tiempo extender su red y prolongar sus vías hasta Bayeux, Arromanches y aun hasta Isigny, formando un conjunto de ferrocarriles que pudiera prestar servicio en todos los puntos de la costa normanda.

El proyecto habría sido fácilmente realizable si no hubiese existido ya un ferrocarril de interés local de vía estrecha que procedente de Caén se extiende hasta Luc, Saint Aubin y Courseulles. Esta circunstancia, que constituye un monopolio, impedía al Decauville poder reunir en uno solo los dos ramales de su red. Para conseguirlo no había más remedio

que entenderse con la sociedad del ferrocarril de Caén al mar, la cual, mediante un canon, podía autorizar el paso de los trenes por sus vías.

Era posible, bien construir la nueva vía al lado de la antigua, bien colocarla en medio, y después de varios estudios se creyó que podía adoptarse con buen

resulto una solución mixta, habiéndose decidido que uno de los rieles de la vía del gran ferrocarril podría servir para el pequeño y que entre los dos antiguos rieles se colocaría una línea especial.

Y efectivamente, entre los dos rieles de la vía normal se colocó un tercero á 60 centímetros de distancia de uno de aquéllos, estableciéndose de esta suerte una nueva vía de 60 centímetros sobre la vía ordinaria de 1'50 metros. De esta manera uno de los tres rieles es común á las dos clases de trenes, al paso que los otros dos sirven separadamente para cada uno de éstos.

Este ejemplo de explotación doble sobre una misma línea no es seguramente una cosa común, y sin poder decir anticipadamente cuál será el resultado práctico de este sistema, puede reconocerse desde luego la economía que resulta para el ferrocarril Decauville pudiendo utilizar una vía ya construida.

Las dos compañías hacen circular simultáneamente sus trenes entre Luc y Courseulles, y los grandes servicios que esta combinación presta al ferrocarril de vía estrecha, permiten á los propietarios de esta última pagar al ferrocarril de Caén al mar un canon suficiente para hacerle olvidar la molestia que ello pueda ocasionarle y el aumento de trabajo del personal.

Es preciso esperar algún tiempo para ver si algunas dificultades imprevistas harán difícil esta explotación; pero á juzgar por el hecho de que desde agosto último circulan los trenes sin inconveniente y se hace el servicio con regularidad, es de suponer que la experiencia consagrará las excelencias del sistema. — A. DA CUNHA.

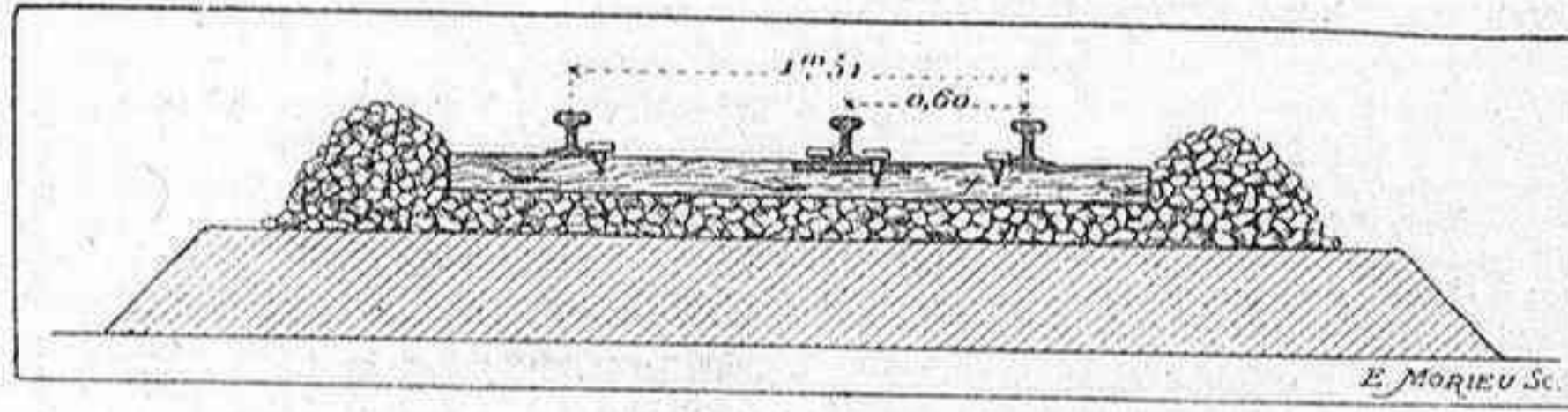


Fig. 3. - Sección transversal de la vía

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

ACRITUD DE LA SANGRE
BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL. Vicios de la Sangre. Herpes. Acne. El MISMO al Yoduro de Potasio. TRATAMIENTO Complementario del ASMA. Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis. 102, Rue Richelieu; París. Todas Farmacias del Extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ** El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sers PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legitimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente. PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra **ASMA** CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias. 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres **JORET Y HOMOLLE**
 CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS. FA^{br} BRIAÑT 150 R. RIVOY PARIS Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. **JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS** Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE EPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLVORE, DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA FILOSOFÍA ESOTÉRICA DE LA INDIA, traducción de José Plana y Dorca. — En 1898 dió en Bruselas una serie de conferencias sobre la Teosofía el gran propagandista J. C. Chatterji; dichas conferencias han sido reunidas en el tomo que nos ocupa y su objeto es popularizar los fines de la Sociedad Teosofica de Nueva York, que son formar un núcleo de la fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de razas, creencias, sexos, castas ni color; fomentar el estudio de las religiones comparadas de la filosofía y de las ciencias, é investigar las leyes de la naturaleza hasta ahora no explicadas y los poderes latentes en el hombre. Considerada desde este punto de vista, la obra resulta interesante, y su traductor, el señor Plana, demuestra en numerosas notas sus conocimientos en la materia. El libro ha sido impreso en Barcelona, en la imprenta de Fidel Giró.

EL JARDINERO MODERNO. — Esta obra es una guía práctica y completa para criar toda clase de plantas, arbustos y flores en habitaciones, patios, azoteas, balcones y jardines, escrita por un antiguo jardinero: ocioso es, por consiguiente, encomiar el interés y la utilidad de la misma, pues harto se desprenden estas cualidades de la simple enunciación de las materias que el libro contiene. El libro forma parte de la «Colección de manuales de Ciencias y Artes» que publica en Madrid la casa Hijos de Cuesta, va ilustrado con 142 grabados y se vende encuadernado en tela á tres pesetas en Madrid y 3'50 en provincias.

ROMA Y CARTAGO, por Marcos B. Espinel. — El joven escritor ecuatoriano Sr. Espinel ha trazado en brillantes párrafos un paralelo histórico entre las dos antiguas civilizaciones que

sintetizan los nombres de Roma y Cartago: es un trabajo interesante en que se juntan las galanuras de la imaginación con el estudio concienzudo de aquellos dos pueblos que se disputaron la supremacía del mundo. *Roma y Cartago* ha sido impreso en Guayaquil, en la oficina tipográfica de «La Nación.»

ALBORADA. — EL SIGLO DE LAS LUCES. Por Timoteo J.

en la imprenta «La Popular» y de «La Lectura del Domingo» respectivamente.

LAS VÍRGENES DE MAYO, por Lorenzo d'Ayot. — Bien escrito poema en prosa que forma parte de la Biblioteca de la Reforma literaria, que publica en Madrid el conocido propagandista Sr. d'Ayot. Véndese á un real.



AL AIRE LIBRE, cuadro de Antonio Utrillo. (Salón Robira, Fernando VII, 59)

Muns. — La primera de estas dos composiciones poéticas es una oda á la religión y al Pontificado, escrita con ocasión del recibimiento del obispo de La Plata Doctor Mariano Antonio Espinosa á su regreso del primer concilio plenario latino americano; la segunda es una sátira contra el siglo XIX y fué premiada con medalla de oro en la Academia Literaria del Plata. En ambas demuestra el presbítero argentino Sr. Muns no comunes dotes de poeta y profundos sentimientos religiosos. *Alborada* y *El siglo de las luces* han sido impresos en La Plata,

manario político, literario, comercial y de noticias de Barracas al Sur (República Argentina); *Policia de la provincia de Buenos Aires*. *La Plata*, boletín mensual de estadística; *Boletín de Enseñanza primaria* que publica cada dos meses en Montevideo l. Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay; *Boletín Meteorológico del Observatorio Mons. Lacasogna*, que se publica en Buenos Aires; *Revista de Industria é Invencciones nuevas universales*, publicación mensual de Santiago de Chile; *Boletín Militar*, publicación semanal de Bogotá.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Arquitectura, Bellas Artes y Construcción, revista quincenal ilustrada barcelonesa; *Revista Contemporánea*, quincenal madrileña; *Boletín Bibliográfico Español*, que se publica mensualmente en Madrid con autorización oficial del Ministerio de Fomento; *Letras de Molde*, semanario literario madrileño; *La Medicina científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *La Irradiación*, revista de Ciencias, Artes, Literatura, Comercio é Industria que se publica cuatro veces al mes en Barcelona; *Vida y Arte*, revista ilustrada quincenal madrileña; *Kayos X*, revista madrileña quincenal ilustrada de Ciencias, Literatura y Bellas Artes; *La Fusta*, semanario satírico granadino; *Miscelánea*, revista semanal ilustrada madrileña de Literatura y Arte; *El Profesorado*, revista pedagógica que se publica en Granada cuatro veces al mes; *Avant sempre - Sempre Avant*, revista catalana que ha empezado á publicarse en Manila; *El Orden*, semanario político, literario, comercial y de noticias de Barracas al Sur (República Argentina); *Policia de la provincia de Buenos Aires*. *La Plata*, boletín mensual de estadística; *Boletín de Enseñanza primaria* que publica cada dos meses en Montevideo l. Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay; *Boletín Meteorológico del Observatorio Mons. Lacasogna*, que se publica en Buenos Aires; *Revista de Industria é Invencciones nuevas universales*, publicación mensual de Santiago de Chile; *Boletín Militar*, publicación semanal de Bogotá.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
LES CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

MEDALLA DIPLOMA
HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria*, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.